

Señor Dios

A Juan Helguera

A Aurora Reyes

-Tata... Señor Dios... Tatita...

Caralampio Gómez Caballo hablaba con una voz seca, cansada, con una voz acabada de llegar después de haber recorrido una larga ruta sobre la cal de los siglos...

-Tatita... el hijo se muere... ya las toses no lo dejan...

Frente al altar se dibujaba la sombra de Caralampio, encorvada, cubierta con una manta ensombrecida por la oscuridad de la nave. En su brazo derecho, semidesnudo, flaco y prieto, sostenía a un niño indígena sumergido en un sueño cadavérico, en una ausencia ardiente y amarilla, flácida.

-Vos todo lo podés dice la Concha Cundapí, vos le curaste la barriga cuando el muchachito que tenía adentro se la mordía. Vos la curaste la noche de la luna grande.

Caralampio siempre fue poco afecto a los santos, nació en el monte y ahí creció rodeado de animales broncos, de la culebra que se arrastra y va desapareciendo entre las hojas que la tragan, del agua que sigue y sigue al agua todos los días y todos los años y nunca se cansa, como a veces le pasa al pie del chamula; del aire que por momentos alegra y por momentos asusta, del sol y la noche...

Creció solo. Manuel Gómez Tuculum, su padre, salió una tarde por leña y nunca volvió. Después se supo que algunos lo vieron en Tuxtla Gutiérrez, con dos tiros en la cara, en el momento en el que lo echaban a una fosa común, junto con otros indios que habían sido llevados hasta allá por unos tales mapaches y arrojados sobre la parte norte de la ciudad mientras los mapaches atacaban el lado sur.

La madre murió al poco tiempo. También fue esa tos, y esas fiebres que hacían ver visiones a aquella mujer que se quejaba largamente como si quisiera recorrer con su lamento la carraca de la noche.

Después ni el quejido le quedó; no tuvo aliento ni para eso, parecía que sólo le quedaba fuerza para levantarse y vomitar sangre... sangre... sangre...

Quién sabe si la muerte huele a algo. “Yo creo que sí –comentó de más grande Caralampio-, una noche olí la muerte, o quién sabe si fue el olor que se desprendió de la última bocarada de sangre, entre la bulla del coyotaje”.

Caralampio se fue haciendo hombre él solo, nadie le hablo de Dios, pero lentamente se fue percatando de su existencia. Asistió a las fiestas en donde los indios se emborrachaban y le bailaban a Dios para tenerlo contento. Sabía que en las tierras de abajo, hombres poderosos guardaban a Dios en enormes casas que hacían un ruido galán en las mañanas y en las tardes, cuando cantaban sus pájaros de fierro. A decir verdad, siempre le tuvo miedo, siempre temió al misterio con el que lo veía envuelto, con su cara larga y pálida, con sus manchas de sangre como vomitadas sobre el pecho y las rodillas.

Cuando se juntó con la Juana Cerpa lo sintió un poco más cercano. La Juana siempre hablaba de Dios. Se refería a él como si hubieran vivido juntos mucho tiempo; decía de Dios como se dice de un hermanito o de un marido.

Un día de San Juan, la Juana tomó trago; reía mucho, gritaba mucho, habló mal de Dios.

La Juana se fue poniendo blanca, empezó a toser todas las noches... tosía... y tosía... y tosía...

Después vinieron los vómitos de sangre y la Juana se fue quedando como una palomita en una noche igual que aquella cuando aullaron los coyotes.

-Yo no soy malo, Tatita... Señor Dios... el hijo tose y tose pero vos lo podés curar, igualito que curaste a la Concha Cundapí cuando le brincaba la barriga. Te traigo tu trago, tu rezo, tu gusto. Yo no soy malo, Tata. El hijo menos; él qué sabe de las cosas...

Caralampio Gómez Caballo unas veces hablaba en castilla, otras en indio. Lloraba. Las lágrimas tienen varios idiomas: el de la tristeza, la angustia, la desesperación, la ira y muy de vez en cuando el de la alegría.

La figura encorvada de Caralampio era una sombra tétrica debatida entre sollozos. El hijo apenas se distinguía en medio de la oscura soledad del templo.

-Señor Dios... si se alivia el hijo te vendrá a cantar para vos... para tu gusto...

A los chamulas no los quiere Dios; los muerde, los mata, se los come poco a poco. Cuando algún indio se enferma empieza a palidecer, a vomitar sangre y Dios no le hace caso. Abajo hay doctores que curan a los hombres, hijos de Dios. Pero si es indio nadie lo cura, piden paga primero; si no hay paga, al indio lo escupen y lo empujan aunque vaya vomitando sangre. El indio se muere cargando su dolor de tierra, su cal de siglos.

Caralampio Gómez Caballo atravesó la mitad del templo con los brazos ya vacíos. El manchón de una manta ensombrecida por la oscuridad de la nave se irguió frente a un cristo silencioso. Una voz gruesa, rencorosa, hizo estremecer la vetusta cúpula y se escapó por un ventanal viejo para ascender por las escaleras del aire...

-¡Señor Dios! ¡Cabrón!

De Las mariposas de la Tía Nati

1ª Edición: Ediciones de Cultura Popular (1973)

2ª Edición: Presencia Latinoamericana (PRELASA) (1983)

3ª Edición: Colección Lecturas Mexicanas de CONACULTA (1997)

Los espejos de la carne

Me asomo al espejo y no es yo lo que veo reflejándose en fondos del plano vitrio. No es mi rostro el que recupero de la superficie reproductora, no, lo que miro en esa profundidad son sus cejas pobladas de un oscuro denso, de gravedad wagneriana, sus cejas vitales enmarcando esa atisbadura tan de ella, tan distintiva, tan sello, tan marca, tan definición... Veo su rostro y no el mío, contemplo esa efigie que tanto me atrae y que me fuerza a verla a ella en vez de mi cara. No son mis gestos, son los de ella los que recupero y desde el fondo de mi composición química y biológica me vuelve a mordisquear la inquietud. Sonríe frente al espejo y es ella la que sonrío frente a mí, entonces recurro a visajes sin fin y el espejo me los devuelve pero con el rostro de ella. ¡Cuánto puede el deseo! Hay dos sentires que me invaden en estos momentos: primero, me domina una infinita felicidad al saber que la tengo y la tendré frente de mí con sólo asomarme a la revérbera del azogue; después, me aflige el no poderme desprender de su imagen, el estar atado permanentemente a ella a través de la luna reflectora. Pero al final, lo que triunfa en mi ánimo es su permanencia omnipresente que me convierte en materia ustible a cada instante. Pero hay más en el hondo del espejo... no sólo es su rostro suplantando el mío. Hay, más atrás de eso, hay la historia que me repite los maravillosos instantes que me ha hecho sentir con sus ardores, con sus fogosidades que queman de piel a piel, de latido a latido. Ahora la veo en aquel primer momento cuando nos tocamos sin querer (¿o queriendo?) alejados de cualquier inclinación previa a aspiraciones epicúreas (¿o no?). Un pequeño roce sin intenciones (¿o sí?) y la chispa, iskra de luminosidad intensa brotando desde el más insospechado rincón del cerebro. Fue un pequeño roce y los dos desatamos en nuestros seres toda esa fuerza lujuriosa que nos latía por adentro quién sabe desde cuando y que nos lanzaba irremediamente el uno hacia el otro. Nos encontrábamos, solos, en el interior de esta biblioteca, descomunal universo cargado de tomos antiquísimos de ensombrecidas portadas y de coloridos libros modernos, de pastas relumbrantes. Biblioteca de hombre abierto al mundo, de mente desprejuiciada –mi padre es un ser de conocimientos vastos y de cultura que puede abordar sin complejos cualquier tema- biblioteca de maravillas sin reluctancias ni mojigaterías es esta en cuyo interior nos habíamos refugiado. Existe quizá, en los estantes, una buena cantidad de tomos integrados con el tema del erotismo, desde novelas sicalípticas y poemas excitantes, hasta muy científicos tratados sicológicos y sexuales, quizá, pero nos tocó en suerte que aquella vez estuviera yo hojeando **El Cálculo con Geometría Analítica** de Louis Leithold (Sexta edición); abierto el libro en la página 250, una página antes del apartado **3.7 Derivada de la Función Potencia con Exponentes Racionales**; ella se acercó a mí con actitud aparentemente curiosa y al señalar con sus dedos tersos el número de la página se dio el primer contacto de nuestra piel. Esa fue la ábrara descarga eléctrica que sufrió este inerme mortal en tales momentos. De inmediato me percaté de que se había alterado mi respiración y sentí vergüenza de que ella pudiera notar mi nuevo estado de ánimo. No, ella no se daba cuenta de nada o quién sabe, pero el caso es que de pie, a mi lado, se acercó más al libro y entonces, advertí con todos mis sentidos en alerta, su blando vientre bajo, reposado ¿o tallándose? sobre mi hombro derecho. Los dos fingimos, como que entendíamos de las ecuaciones que presumía la página, como que realmente estuviéramos interesados en ellas, pero nuestros cerebros hablaban con otro idioma, con el de las sensualidades desatadas. No sé cuánto tiempo habremos pasado así, pero para mí que fue toda una eternidad, porque en aquel deseo desbocado seguramente habían despertado nuestros abuelos, bisabuelos, tatarabuelos, tatatatatatatarabuelos, unidos todos por la vía del fuego que desde el principio de los siglos vienen cargando los seres adentro de las entrañas. Y tuve valor en aquel momento, el valor que proporciona el deseo incontenible, el deseo que pasa por encima de cualquier tranca, de cualquier freno racional, y sin medir consecuencia alguna, dejé deslizar mi mano derecha sobre uno de sus muslos; no la podía subir mucho por la situación incómoda en la que me encontraba para adelantar el tacto, pero con lo que adivinaba más arriba bastaba para que mi pecho se inflara y desinflara como poderoso fuelle incontrolable; ella callaba y seguía viendo hacia el libro, como si estuviera leyendo las ecuaciones mientras se dejaba hacer, como si nada estuviera pasando. La pierna se hacía más gruesa hacia arriba, y yo adivinaba centímetros más arriba aún, hasta donde la mano ya no podía llegar por el torcimiento del brazo. Ahí estaba, con nosotros, el instinto libídino que había viajado los siglos de los siglos para llegar puntual hasta el centro de la biblioteca. Dejé que siguiera leyendo el sensual capítulo de las cachondas ecuaciones y giré mi cuerpo hacia su frente corporal, entonces pudo actuar mi otra mano, ya habiendo aceptados ambos, sin decir palabra, la reciente invitación lasciva. Entonces mi mano izquierda pudo entrar en acción (siempre me asumí izquierdista). Y pude tocar

el grosor de las dos piernas que se me daban así nomás, a unos cuantos centímetros de donde regurgitaba la geometría analítica de Louis Leithold. La verdadera geometría, supe entonces, era ésta, la de dos troncos ardientes que se juntaban arriba, blandamente y que ahora podía acariciar por debajo de la tela del vestido. Qué calor aromado aquel en el que navegaba mi mano; qué suave y fresca es la carne en esos parajes “geográficos”. Y llegué, goloso imparables, centímetros más arriba todavía, hasta donde empieza la piel de seda de las pantaletas (¿rojas?, ¿azules?, ¿verdes?, ¿amarillas?, ¿negras?, ¿blancas?), triangulito de tela humedecida que guarda el gozo y que es gozo en sí misma (y regozo) al ser alcanzada con la yema de los dedos, tela íntima, cómplice que comparte los secretos de aquellos resquicios de la lumbre. Mis dedos nunca conformes, desatados ya en sus empeños, empezaron a forzar el elástico, ¿rojo?, ¿azul?, ¿verde?, ceñido guardián sobre las ingles; querían más, más, acicateados por los primeros vellos púbicos; oprimidos los dedos, luchando contra esa opresión, se empezaban a pasear ya sobre el pubis sudoroso cuando se escucharon voces que venían de la sala; unos pasos se dirigían claramente a la biblioteca y había que volver de inmediato a la compostura. Esa fue la primera e irrefutable confesión de nuestros mutuos deseos. Después se volvió costumbre buscar la soledad de la biblioteca para consumir la fricción de nuestros talles aunque fuera por encima de las ropas. Pero aprendimos a besar, a besarnos, a besarnos ardientemente, a besarnos ardientemente no solo en la boca, a besarnos ardientemente no solo en la boca sino en toda la extensión de nuestros entendimientos sexuales. El rito se iniciaba abriendo sobre la mesa el enorme libro que nos unía, **El Cálculo con Geometría Analítica** de ese Leithold, y luego pasábamos al encuentro de las carnes, de manera fugaz, vertiginosa, desesperada, con el excitante sobresalto de que nos pudieran descubrir en aquellos trances. Pero tales prisas no evitaban que acariciara con delectación por adentro de su escote, y que de éste brincaran dos chichitas blancas como un par de nerviosos conejitos y que ella me diera de mamar blandamente y después cayera de rodillas, corriera el cierre de la bragueta y sacará a la atmósfera de este templo del saber mi erguida masculinidad expresada en dimensiones de longitud y grosor, analítica geometría de las turgencias. Su boca sabía sabia y se aplicaba con ansia a aquel vergaste hinchado; ¡ah!, su boca, cueva del conocimiento, cavidad erudita, de saliva doctora que supo enervar una y otra vez la fuerza del macho, fuerza que venció tantas veces, que convertía a los finales, en sólo una flácida manguerita agradecida. Después cerrábamos el enorme libro de Leithold y nuestros rostros tomaban ambos el mismo hipócrita aire de inocencia. Quién sabe en qué momento empezaron a sospechar algo, el caso es que nos fueron separando cada vez más, hasta que por fin la familia decidió enviar a mi... enviarla con la tía Constitución a su hacienda de Guadalajara. Quizá consideraron nuestros parientes que entre hermanos no era saludable tanta cercanía. Para mí sí que lo era, pues nunca antes había querido tanto a mi hermana como en el momento aquel en el que descubrimos la magia erotizante del libro de cálculo. Calculo que algo llegaron a recelar. Ahora, ella en Guadalajara, yo acá, estamos, sin embargo, tan cerca como siempre, o más. Ahora mismo, a hora misma, vamos a realizar nuestro máximo rito de fusión, pues hemos convenido por línea telefónica hacer, por fin, el complemento de lo que nunca llegamos a consumir aquí; nunca realizamos el coito mi adorada y yo, pero hoy lo realizaremos con la ayuda del avance de la tecnología. ¿Qué no somos seres de nuestro tiempo?, ¿por qué no aprovechar entonces lo que la ciencia nos da, para darle curso a lo que nos fatiga a ambos entre las piernas? El hecho es que en minuto y medio más el reloj en Guadalajara y el reloj aquí, nos lanzarán por los caminos del más intenso placer. Hemos convenido en que a la misma hora, ella allá, yo aquí, nos masturbaremos pensando el uno en el otro; así, a la hora del clímax alcanzado, será como si nos hubiéramos acostado, como si por fin hubiéramos dado cúlmene a lo que aquí no logramos hacer nunca. Veo el reloj, ya sólo falta medio minuto. Hermana, hermanita linda, hermanita santa... pero cachonda... yo se que estás en este momento esperando que el reloj cumpla con la hora exacta para que iniciemos el rito y el uno se convierta en el otro... Ya sólo faltan quince segundos... Piensa intensamente en mí como yo pienso en ti, mi otro yo, mis mismas cejas, mis mismos gestos, mis mismos deseos... Es la hora, hermana carnal. Veo hacia abajo, hacia la boca de la bragueta abierta, nunca antes había alcanzado la vergueta tal tamaño, la tomo y la aprieto lúbricamente, como si yo fuera tú, tus ganas, ¿qué estás haciendo tú?, ¿cómo estás cumpliendo tu parte? ya sé qué estás haciendo, porque lo estás haciendo, ¿verdad?; te amo tú, te amo a ti, te amo hermana. Me asomo al espejo, me veo mientras me froto el miembro crecido como nunca. Veo hacia el fondo del espejo: mis mismas cejas, mis mismos gestos, ¡qué manera de ser tú!, de sentir tú. Me froto enardecidamente, más, más, más, pienso en las veces que he mordido tus chichitas blancas, en las veces que has deslizado tus deditos nerviosos en la base de mis testículos urgidos. Hermana carne, hermanita, hermanita linda, más, más, veo de nuevo el espejo, te veo, siento tus

estremecimientos como cuando bajaban mis dedos a tu geometría anal, a tus ranuras analíticas. Te beso desesperadamente mientras bajo mis dedos hacia tus ranuras, avanzan mis yemas entre tus vellosidades, abriendo tu exuberante selva negra. Alcanzo las márgenes húmedas de tu carne, tu elástica piel secreta; penetro, penetro en la distancia, por fin penetro en esta enloquecida cercanía. Te siento estremecer en el centro de nuestro acto concoide, gobernada por la geometría hecha verdad y fuego en nuestros cuerpos. Abierta hermana, caliente emputecida, santita hermanita mía. ¡Vente ya!, ¡vente hermana amante!, ¡vente ahora hermana carne! ¡Ahora! Estremecimiento. El espejo. El libro abierto. Mi mano está mojada, invadida de líquidos internos. Mi mano está empapada de ti. El reloj. Tu fuiste yo en este instante (en todos) y tu vagina se acaba de hacer agua entre mis dedos.

De la muerte violencia, su estrofa erizada maulla a las nubes un trágico final. Sobre las azoteas el gato escribe

Son las tres de la tarde de un año sin consuelo.

Yo no sé si estoy muerto o Dios está borracho.

Juan Bautista Villaseca

DE LA MUERTE

Puso el arma sobre su sien derecha, respiró profundo, oprimió el gatillo y se abrió el cráneo en dos. Solamente el estrépito del disparo le hizo pensar que había entrado de golpe por la puerta del suicidio. Se vio llevándose el revólver hasta el miedo; cerrar los ojos, como queriendo perder el pensamiento en la oscuridad infinita. Vio la pistola fría recargada sobre la sien derecha. Sintió que entraba en tensión con todos sus músculos. Se vio apretando el gatillo, lentamente. El disparo. Sintió que su vida empezaba a ser por fin un descanso.

VIOLENCIA

Sin embargo se encontraba ahí, esperando en la hondura de su vértigo; entregado ya, en el pensamiento, a la velocidad que en unos cuantos minutos más destrozaría su todo. El vehículo se desprendió con rapidez asesina de la boca oscura del túnel. Él arrojó su cuerpo sobre los rieles. Un nuevo vértigo lo envolvió al contemplar todo su odio triturado por las ruedas. Todos estaban ahí, en ese cuerpo deshecho por el impacto brutal, por los filos de la materia rodante; electrocutado en medio de su felicidad angustiada. Unos niños ronrientes le dijeron adiós desde una de las ventanillas. Él se retiró del andén con las manos hundidas en los bolsillos, encorvado, indiferente.

SU ESTROFA ERIZADA

Un gato maulló su alarido de muerte sobre la azotea de la noche. Él sintió que esa estrofa erizada era la suya. La vivió, la gozó parsimonioso, en silencio, humildemente. El cianuro ya no se encontraba en el vaso; el vaso se encontraba en el buró. El resto del brebaje dormía aún adentro de una botella de ginebra Oso Negro. En el vientre había un choque de estrujamientos. Un doloroso recuerdo del principio; un lento desenrollarse de la serpiente viscosa del cólico; un caracoleo amargo, duro, destinado al ensanchamiento, al acto de deshacer quemando. En el cuarto todo se había vuelto dolor. Dolor era ese cuerpo en su tercera historia, debatiéndose en los intestinos de la habitación. Dolor era ese aire sofocado que se empezaba a negar a los pulmones y a la noche. Afuera la estrofa erizada. Él se recostó a esperar. En ese momento el gato saltó desde la azotea hasta el día.

MAULLA A LAS NUBES

Algunos amigos suyos le decían “El gato”; él jugaba a los crucigramas resolviendo en su contra la multiplicación de sus vidas. Como era poeta, sus venas, sus arterias todas eran recorridas por un ardor en el que sueños e imágenes se licuaban. Esta vez no podía fallar, sus propias palpitaciones, puntuales como un reloj, le habían señalado la mejor forma de desaguar sus horas, sus minutos, sus segundos; la manera acertada de trasvinar sus días, de derramarlos hasta la última gota. La navaja de afeitar, filo fino, impuso su hilo penetrante. “El gato” empezó a sangrar sueños y vivencias. El día se había empezado a poner rojo; ardía detrás de los cerros que se interponen entre la pupila de la noche y lagrimoso de la vista. “El gato” deja caer sus puños hacia el centro de la tierra. El piso se humedece de sueños. Todo está húmedo en torno. Los insectos, abajo, chapotean sobre el delirio. “El gato” maulla a las nubes.

UN TRÁGICO FINAL

¡Cuánto cuerpo para el odio!, con el amor a medio pecho “El gato” no tenía salida. Su cadena de segundos le llevaba a un final violento. Él lo sabía; era muy hombre este poeta. Con un cinturón de versos se ataba los pantalones y los arrebatos. Ahora no había salida. Lermó de un vaso largo y sucio; recostó la memoria sobre sus libros y en un momento se vio colgado de una de las vigas del techo. El poeta sin salida aflojó su tensión muscular, la rigidez en la

que había entrado de golpe y se dio fríamente a preparar su final. Todo en torno empezó a entrar al mundo de lo extraño, a la zona en la que los seres y las cosas se desplazan dentro de una dimensión ajena al que las contempla. Desabrochó el cinturón; lo hizo pasar sobre una de las vigas que sostenían el techo de aquel cuartucho de azotea. Una vez agarrado en las alturas se acomodó el cinturón en torno al cuello. Un cuerpo se balancea pendido de un cinturón. “El gato” observa el péndulo. Piensa en Ezra, en Federico, en Pablo, en Rubén...

SOBRE LAS AZOTEAS

Sobre las azoteas un gato araña el hastío. Juan, el poeta, se acerca al vértigo de la altura; se apoya sobre la pequeña barda fronteriza y lanza el pensamiento hacia delante. Todo un mundo de significados participa en este juego; maldito juego de las concreciones. Aquí están los libros del poeta, colocados sobre una especie de librero de madera mal clavada y carcomida; es un librero diezmado, aguado, a punto de venirse a tierra; los recuerdos están; las resacas del sueño; el odio de los que aman. Está el vacío. Juan, el poeta, saltó ya al vacío. Algo de él se mueve todavía en la recta trazada por su desplome geométrico. Un soplo más allá de la muerte, una sombra, una respiración, habían vagado entre tinacos, tuberías y tendederos, por encima de los devenires colectivos; habían tocado las dimensiones del terror, del abandono. Por ahora Juan, el poeta, los libros, los tinacos, la ropa secándose en los tendederos, la protesta, el suicidio tantas veces perpetrado, se encuentran aquí, muy aquí, suspendidos en el vacío.

EL GATO ESCRIBE

“Azoteas del insomnio”. “El gato” escribe sobre las azoteas un trágico final; maulla a las nubes su estrofa erizada, violencia de la muerte. Mucho es su rencor amando; su violencia mucha. Junto al cielo, a un lado de los tendederos, mastica sus rabiosos deseos por la muerte. Nadie le escucha; no le importa a nadie, el poeta. Primero acude al sombrío cañón de una pistola; después se arroja al paso desbocado de un vehículo; después ingiere cianuro disuelto en el interior de una botella de ginebra Oso Negro; después se corta la seda de las venas; después se ahorca impunemente con su propio cinturón; después se arroja desde sus alturas. Él sabe que es esa sombra, ese soplo más allá de la muerte. Su violencia es mucha. Al poeta lo han ignorado los demás; sufre la indiferencia enmascarada sorda. Todos se orina en él, desde el suelo a la azotea. El ha venido lermendo de ese odio, bebiendo de ese rencor en pleno y ha decidido destruir a todos crimiando su cuerpo, destruyéndolo. “El gato” escribe. Ahora el poeta se suicida verso a verso. Ahora sí está muerto. Ahora sí ha alcanzado su total y angustioso suicidio, palpándolo sobre la hoja palpitante de papel, paladeándolo ahí, para contarle para siempre.

De “La curva de la espiral”

1ª Edición: Ediciones artesanales Delanbo (1982)

2ª Edición: Editorial Claves Latinoamericanas (1986)

La promesa

Etérea Nimbo siempre cumplió sus promesas. Ese era su orgullo máximo en la vida y lo había llevado a ser casi religión expresada en una sola frase que rezaba: “lo prometido es deuda”. Cuantas veces Etérea prometió algo pagó puntualmente la deuda de lo prometido. No hubo en el mundo (colonia Guerrero y alrededores) persona más celosa para dar respuesta a sus compromisos, ni más fiero fiscal para quienes no las daban. Etérea Nimbo, pues, era un ser orgulloso de su formalidad, en una época y en un país en el que todos hacían de sus palabras un altero de inutilidades.

Pero ésta no es la historia que quiero contar. La historia es otra y está relacionada con ese estrafalario personaje de la Guerrero que muchos deben recordar como una maldición que un día de tantos dio a luz la calle de Sol, justo frente a aquel cabaretucho repleto de putas baratas. ¡Claro!, a él mismo me refiero, ratero, picahielero y violador, todo esto en la mejor acepción, en la plena exactitud de las denominaciones.

¡Claro que sí!, me estoy refiriendo a El Gandalla, ese azote de la humanidad, perfecto hijo del siglo actual, amamantado en el seno del hampa de la que tuvo las aquiescencias, por las que no se detuvo ni con el tubo depredador ni con el picahielos horadante; perfecto hijo de la parte insana de la barriada, o sea, perfecto hijo de puta, y de esto último rinden detallados testimonios las atolondradas (por desveladas) novias de la noche que paradójicamente pululan en la calle de Sol.

El Gandalla era un sujeto ominoso, pendenciero desde la chamarra de mezclilla, en cuyo espaldar triunfaba una descomunal calavera dibujada con base en estoperoles, hasta los escandalosos zapatos de charol con tacón cubano. Su rostro de facineroso redomado poseía un único toque de humanidad: los pavorosos hoyancos que de una vez y para siempre le había prodigado generosamente el padecimiento de la viruela. Torpe y maligno, parecía un turbio personaje salido de la más refinada pluma martreana.

En su hamponar diario, el malhadado personaje era el más digno representante del área oscura del barrio, del sector sin ley, es decir, de la “zona sagrada” (sangrada, diría el nefasto Gandalla esgrimiendo amenazante y empavorecedor picahielos). Era el sacerdote mayor, obispo de la jerarquía eclesiástica de la swástica en las hombreras, el mayor sacerdote de los estatutos de la agresión, el abuso y el despojo. Total, que el muy conocido, discutido y chico temido de la colonia, El Gandalla, era un verdadero gandalla el muy canalla.

El Gandalla bien sabía que para después de su muerte tenía reservados los tenebrosos vericuetos del averno, pero mientras, aquí hacía de las suyas y ni Diosito lindo le podía decir: “detente Gandalla, se te pasó otra vez la mano”. Entonces, lo dicho, el abusivo Gandalla no conocía riendas ni celestiales ni terrenales. El sombrío Gandalla era un perfecto hijo de la negociación aquella de la calle de Sol.

Y aquí sí es en donde entra a escena Etérea Nimbo, tan linda ella, casi virginal y con su delirio puesto en el cumplimiento cabal de sus promesas. Todo fue que El Gandalla viera por primera vez a la nueva Etérea (la que conoció niña era un chicuicuilotito), para que sintiera correr por las venas un fuego muy diferente al que lo llevaba de continuo al atraco y la insolencia. Todo fue ver, casi sentir el perímetro jovial de Etérea Nimbo para que de inmediato le entrara en el cuerpo la llama del deseo.

Etérea era, simplemente, el manjar inalcanzable del Gandalla, por lo tanto, no le quedaba a este más que agandallarse. No había sitio al que tuviera que acudir Etérea, en donde no se apareciera como por arte de magia el abominable cacarizo. Su prepotencia convertida en asedio era simplemente asfixiante para la celestial mujer traída a la tierra para asumir su intransigente empeño de cumplir a como diera lugar con la palabra empeñada.

El jefe de los pandilleros más torvos, el carterista más peligroso del “metro” (si lo descubría el cliente, el picahielos entraba de inmediato en acción), el violador más odiado (los hay menos odiados), el cavernario, primario, atrabiliario Gandalla, ahora era una bestia enternecida por efectos del amor. Por eso el asedio se hizo cada vez más

intenso, sólo que revuelto con extraños elementos de tolerancia, tan desconocidos en la naturaleza del execrable personaje.

Pero la ya no extraña sino extrañísima tolerancia se dio en los dos bandos. Del “adiós mamasa ¿no cojines para el gato?” El Gandalla pasó al no menos burlesco, pero sí más domeñado “Etereita linda, ¿cuándo vamos al cinco letras?”, y más limado aún: “¿cuándo me dejas que te acompañe Etereita chula?”

Por parte de Etérea Nimbo se manifestó la tolerancia en el acto de responder, aunque con fuerte carga de desprecio, a las alusiones del estafalario, recabrón y ahora enamorado hamponcete.

Razones las puede haber muchas, una de ellas, la conveniencia de ser flexible ante ser tan malvado, como vía efectiva para la preservación física. Otra, se puede encontrar en esos oscuros retorcimientos del cerebro humano que le hace jugar en una malsana satisfacción con el peligro acechante. El caso es que un día, a uno de los toscos requerimientos de El Gandalla: “Etereita, entonces cuando”, la siempre cumplidora Etérea Nimbo respondió al criminal, horroroso y megatérico cacarizo, con un tono de abierta y descarnada burla: “¿Sabes cuando?, el día en que aterrice un avión en San Juan de Letrán”. San Juan de Letrán es la avenida más transitada de la enormísima ciudad, capital del somg, de los asaltos policíacos, de los desfalcos bancarios y de los fraudes electorales.

Esto me lo contaron hace apenas unos cuantos días, allá en tierra, y lo rememoro precisamente hoy, con la angustia inflamándose las anginas, en el momento en el que sobrevolamos la gran ciudad y oigo la voz de mi compañero piloto pidiendo instrucciones: “X 14-22 a Torre de control... X 14-22 a Torre de control...”

La máquina del... ¿Tiempo?

El asunto no estaba siendo nada agradable (más bien, angustioso se agigantaba) para Manuel Tapia, que no era su verdadero nombre, pero a estas alturas ya nadie lo sabía, sólo él y sus oídos muertos.

Como era un sujeto que desde niño se había pasado de mamón, sus primeros conocidos empezaron a decirle Mamuel, hasta que para disimular el superpuesto apelativo quedó finalmente en Manuel; lo de Tapia era porque sordo era. Su verdadero nombre era el de Ubaldo Díaz, pero eso es hasta ahora que lo está sabiendo el amabilísimo lector.

Manuel Tapia –decía- estaba pasando en estos momentos por momentos verdaderamente terribles. Resulta que su primo, el “Científico Peraloca”, así lo conocían en el barrio, le había prometido la inmortalidad si se prestaba para participar en un experimento con una nueva máquina del “tiempo” de su invención, alucine de científicos y escritores y lectores de ciencia ficción de todos los tiempos.

Y ahora ahí estaba Manuel Tapia, flotando, todo transparente, con un cuerpo que antes podía tocar en sus diferentes partes y entregarlo o negarlo a la mujer amada, según el caso de sus estados de ánimo, con su cuerpo ahora convertido en ondulante fluir, sin el don de poder asentar pie sobre piso.

Giraba ¿el cuerpo?, ¿el pensamiento? de Manuel Tapia y ni los ojos de los demás ni los suyos propios podían delinear su, en estos momentos, inasible perímetro, su litoral carnal desvanecido.

Flotaba Manuel Tapia, ¿flotaba?; dibujaba transparentes espirales, ¿dibujaba?; caminaba Ubaldo Díaz, pero sin pies ni piso, ¿caminaba?. Se alargaba, se achicaba, se torcía, se retorcía; se hacía volutas; no había dolor, sensación del tacto no había, sólo ese algo transparente del cuerpo sin cuerpo que ahora era él, el Manuel Tapia regordete y cabronzuelo... pero antes.

El terror que estaba sintiendo en estos momentos le hacía repasar en vertiginio el instante aquel en el que incitado por el científico primo, se introdujo con dificultad en el interior de aquella maltrecha cabina construida con mordisqueadas láminas de asbesto, con alguna puerta oxidada, abandonada por quién sabe quien a la mitad del arroyo, con un sistema de tubos mohosos, amarrados en sus conexiones con fuertes mecates confiscados a algún cercano tendadero.

Aunque justo es reconocer que los intereses de este Manuel Tapia no habían sido del todo científicos. Medio cabrón ya se había dicho que era, y hay que decir también que lo que le deslumbró fue poder viajar a los tiempos, pasados y futuros y extraer de ellos las experiencias necesarias para tranzar incautos en su tiempo; y todo ello se lo ofrecía gratis su primo el científico, nada más con el pequeño pago de prestarse para el experimento. La madre Tranza merecía eso y más y, cualquier sacrificio de cualquier otra índole. Entonces pues, él, el cachetón Manuel Tapia, terminaría siendo el dueño del mundo, por encima incluso de su primo Peraloca, quien sólo tenía interés por la noble y capitana ciencia.

Sus angustiados recuerdos de estos momentos lo ponían frente a aquellas minúsculas palancas herrumbrosas y aquellas fosforescencias parpadeando sus verdes y rojos colores, sus misteriosos tonos ámbar.

Recordaba la primera sacudida, más fuerte que los fuertes terremotos que cada seis años desmantelan a la indefensa población y veía el rostro concentrado de su acucioso primo mientras repetía éste, en voz alta, el extraño código que había desdoblado frente a su cara de científico: “X-06, X-06, activando la aceleración de los diferenciales para incentivar las radiaciones monocromáticas de la luz. Turbopropulsores a capacidad máxima. Tensión de resistencia de verga, óptimo. Timón de rutas de electrones, en punto de arranque. Prueba de hidrogeltes respondiendo en positivo. X-06, X-07. Factor Graaff en acción total. Punto de desintegración, en zenital”... Y la gran sacudida...

Y ahora, ahí. Ubaldo Díaz, flotando sin poder asirse de nada con sus no dedos transparentes mientras que su primo, el “Científico Peraloca”, hacía esfuerzos desesperados para volver las cosas a su normalidad.

Triste situación la de Manuel Tapia, el diligente sordo que nunca supo que fatalmente su cuerpo y su alma habían entrado aquella tarde, a cumplir un audaz experimento en el interior de la Máquina del... de la Máquina del Viento.

Inédito

La noche de la desenmascaración de El Brujo del Sureste

Esa fue noche de atonitaciones. Atónito estaba el público (boca de mandíbula inferior en flexado abatimiento), atónitos los vendedores de lunetarias ofertas (ring side... papitas, refrescos) y los de “la fuerza aérea” en los pasillos de arriba, acostumbrados todos al triunfo del odiado enmascarado hoy derrotado, encabronado de por vida. Atónito el mismísimo réferi que ayudaba a desliar el cruciforme empeño de las agujetas de la máscara, cintas antes apretadas a todas pruebas, romboides virginales que ahora cedían ante la atonitez de todos. Atónito estaba El Canalla (Lorenzo Anaya). Pero el atónito de atónitos era el gran perdedor de la velada, el invencible, imbatible, el increíble Brujo del Sureste.

¿Qué había pasado esta noche? ¿Qué reacomodo inconmensurable le había modificado las simetrías al cosmos? Algo descomunal tenía que haber sucedido en los antros de la naturaleza para que se contraviniera la lógica de manera tan contundente. Máscara contra cabellera. Pobre de El Canalla estuvieron mascuyendo los periódicos desde un mes antes; desde que se supo del macho match de machos del siglo. Pobre de El Canalla, farfullaban los de la tele y la radio desde quince días antes del encuentro. Pobre de El Canalla, vociferomanoteaba la plebe en el mercado y en la plaza pública. Pobre de El Canalla summaba la sumaria síntesis.

Y ahora, ahí estaba El Brujo, descosido en el centro de su humillación, deshecho, permitiendo que entre el réferi y el propio Canalla, le despojaran de su ceñida incógnita morada que había lucido en los más luminosos cuadriláteros nacionales y extranjeros. El Brujo del Sureste, flácido, sudoroso, entregado, permitiendo que su rostro fuera despejado a X en el centro de una multitud que no creía lo que veía pero que quería ver el rostro de El Brujo, el que un día apareció proveniente de Chiapas, o de quién sabe que mítica latitud, aunque no fuera suresteña: ¿Ur?, ¿Aztlán?, ¿Acuarimántima? De donde fuera, pero ahora estaba en el centro de la arena regurgitando su humillación.

Si es cierto que sabemos utilizar la notación exponencial para indicar productos de factores iguales, aquí tendríamos que invocarla para enunciar los desiguales, porque desigual fue la trama escrita desde el ábrara mismo del combate, o sea, desde el inicio de su inicio. Desde el milímetro (mejor: espacio) que aún no integra el milímetro de la historia se vio que las cosas no iban a estar tan parejas. El Canalla subió al encordado todo lleno de arrogancias, de actitudes intimidatorias, de gestos conminatorios y torvas promesas antropofágicas, total, qué le costaba hacerle al cuento si ya sabía que de todos modos iba a perder. En cambio, en la esquina contraria, El Brujo del Sureste estaba pálido, transparente, con un rostro totalmente desierto de vitalidad sanguínea, bueno, eso se imaginaron después que se habían imaginado antes los que imaginaron aquel rostro cuando se encontraba cubierto todavía por la morada máscara.

Ya estaban determinados los funestos signos de la noche. Contrarios a la tradición impuesta por el enmascarado gladiador. Desde que apareció el Brujo del Sureste en los ringues de la capital jamás había perdido una lucha. Se decía que algún pacto tenía con la magia negra, porque todo era verle al final con el puño en alto, en actitud de triunfo.

En los momentos más críticos de sus encuentros, cuando las situaciones le eran marcadamente adversas, El Brujo decía –eso se decía– algunas palabras mágicas a su contrincante y este automáticamente se dejaba vencer o de plano abandonaba el combate. Cuántas veces se vio al luchador sufriendo La tapatía, por ejemplo, aquella llave espectacular inventada por Rito Romero o los efectos de La cerrajera, diabólica trabazón creada por aquel Tarzán López, y en el momento mismo en que lo que procedía era la rendición, salían de los labios de El Brujo del Sureste las misteriosas palabras mágicas y el resultado daba a aquellas historias la vuelta completa.

Hubo casos en los que el contrincante salía enloquecido gritando “así no me llevo”, “así no me llevo”, y hasta la bata dejaba en su esquina, entre los silbidos del respetable. Secreto de secretos era ese que de tal manera vencía al contrario, poderosa fórmula que hubieran siempre querido poseer los enemigos del mundo. Unas cuantas palabras misteriosas al oído y toda la fortaleza de enfrente derrumbándose en albiturbia polvareda. La gente se preguntaba

qué era lo que El Brujo del Sureste decía a sus adversarios cuando estaba en situaciones comprometidas, qué extrañas fórmulas verbales empleaba para vencer, qué conjuros mágicos invocaba, cuáles eran las embrujadas letanías que actuaban implacables en el oponente.

Eso llenaba las arenas a reventar. Era algo de admirarse ver a El Brujo del Sureste sufriendo por los efectos de una Doble Nelson y después ver como su verdugo ocasional huía desencajado en medio de la rechifla absoluta. A veces El Brujo era levantado en vilo para después estrellarle la espalda sobre la rodilla de su malqueriente, y cuando La quebradora estaba a punto de surtir su mortal efecto dividiendo brutalmente los términos de la ecuación orgánica, venían las palabras misteriosas y el adversario abandonaba irremediamente el campo de batalla.

Bajo tales premisas se inició el combate de esta noche. El Canalla sabiendo los riesgos del resultado final decidió tomar la iniciativa y abrió con un estético desplazamiento de patadas voladoras, después, con el cuerpo de El Brujo sobre la lona subió hasta la tercera cuerda de la lateral oriente del ring y desde ahí se clavó como catapulta dibujando, impecable, un devastador tope supersónico. Después vino lo demás, la Palanca Landrú, sobre el brazo del misterioso enmascarado, la Llave a las carótidas, el Doble cangrejo que hacía del cuerpo en desgracia una adolorida hipotenusa inclinada entre débiles catetos; Estaba sufriendo El Brujo, era innegable que estaba sufriendo, El Canalla aprovechaba el momento y se ensañaba hasta donde podía, hasta donde iba a poder en esta noche, antes de perder su encairelada cabellera. Y otro Tope Supersónico, y otras Patadas voladoras. Y ahora el piquete de ojos. Y ahora El candado, estropeando la máscara morada. Todo lo aplicó El Canalla, todo lo que pudo, todo lo que recordó de su agresivo repertorio. Toque de espaldas... uno... dos... y El Brujo lograba zafarse de la descalificación. Nuevo Toque de espaldas... uno... dos... y El Brujo otra vez fuera de la cuenta anulatoria.

Y aquí empezó lo increíble. Ante la delicada situación que atravesaba, El Brujo expresó las palabras que hacían huir sin remedio a los contrincantes. Pronunció su sortilegio verbal... sin resultado alguno. El Canalla estaba desatado el muy canalla, nada lo detenía. De nuevo salieron de los labios del enmascarado los vocativos del hechizo, pero El Canalla siguió maltratando canallezcamente a su rival. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué se había desajustado en el universo en esta hora?

La Llave a caballo no tuvo ma... no tuvo más que unos segundos de aplicación pero casi parte en dos a El Brujo. De pronto, el brazo derecho del enmascarado fue una abscisa positiva a la inversa, en adolorida lectura algebraica hacia el origen, o sea, hacia los ligamentos de un hombro a punto de desmembrarse. Volvió a hablar El Enmascarado flagelado, pero ahora a gritos, en el estallido de su desesperación. Entonces se escucharon por primera vez las palabras que utilizaba para sus conjuros. “Ilustre cavaglier, llaves doradas”. Y El Canalla encima. “Un Adonis caldeo, ni jarifo ni membrudo, que traía las orejas en las jaulas de dos tufos”. Y El Canalla encima. “Gima el lebrel en el cordón de seda”. Y El Canalla encima.

La saña fue inaudita. La gente gritaba fuerte, pero el hombre del micrófono comentaba que tal estruendo le era muy parecido al tercer movimiento del Concierto para piano y orquesta de Mc Dowell, eso decía. Duro hombrón El Canalla, sin compasión alguna, sin sentimientos, sin la menor ternura, sin el menor rasgo humano, estaba prácticamente deshojando a un Brujo del Sureste, ahora absolutamente indefenso, en medio del griterío y la sorpresa. Ya eran alaridos los que El Brujo expelía bajo los rigores de El tirabuzón, ya nada lo salvaba, ni el “breve esplendor de mal distinta lumbre esfinge bachillera”, ni el “agonal carro por la arena muda no coronó con más silencio meta”. Para rematar vino El nudo. ¿En qué momento se había roto la lógica? ¿En qué puntos del espacio y el tiempo Góngora y Argote lo había abandonado a su suerte? $M(x,y) dx + N(x,y) dy = 0$. Aquella masacre concluyó con El Brujo del Sureste colgando de las cuerdas, en indefensión total. Entre cuerdas y cuerpo definíanse las cordenadas y abscisas cartesianas ubicando en el orden los espacios del barullo y la incredulidad. El réferi y El Canalla, concluían con su obsesiva labor en ese momento. La máscara de El Brujo, fino valladar de morada seda, caía derrotada, por fin, sobre la sudada lona. El alarido era el extremo.

Por un momento la algarabía puso atención a lo que decía el hombre del micrófono: “¡Qué sorpresa amigos televidentes! ¡Qué sorpresa! ¡Que rostro nos ha regalado la noche esta noche! Claro que recuerdan ustedes al Kid Jaime, hace años campeón nacional de boxeo, peso medio, ¿se acuerdan?, el que cuando ganó el título se plantó a medio ring y ahí, frente a cámaras y micrófonos expresó aquello de “dedico este cinturón al poeta Pablo Neruda”. Luego el Kid Jaime se retiró del boxeo pero años después regresó a los encordados como luchador técnico, fue cuando le pusieron Jaime El Sabiondo ¿se acuerdan? Para entonces ya hacía versos y la gente se metía mucho con él por ese motivo; a la gente le molestaba que un luchador hiciera versos. ¿Recuerdan que un día en plena lucha y cuando más lo estaban insultando se bajo del ring y se fue? Esa vez el réferi hizo la cuenta reglamentaria que se aplica a los que abandonan el encordado. Le contó los 20 segundos de rigor. Bueno, esa vez no fueron 20, como se trataba de Jaime El Sabiondo, el réferi contó hasta 25. Pero cuando pronunció el número 25, El Sabiondo ya estaba en los vestidores, bajo la regadera. A partir de ese momento Jaime El Sabiondo desapareció para siempre. Y miren ustedes en dónde lo volvemos a encontrar, convertido en luchador sucio, en un abominable luchador rudo cuyo nombre era hasta hoy... ¿seguirá siéndolo?... El Brujo del Sureste. ¡Qué sorpresa nos ha dado la noche esta noche!”. Eso dijo en tales instantes el hombre del micrófono.

Sólo falta una aclaración en esta historia. Nadie, absolutamente nadie, raíz cúbica del descuido colectivo, tomó en cuenta que en la lucha de esta noche El Brujo del Sureste subió al ring en absoluta desventaja, pues Lorenzo Anaya, El Canalla, es sordo de nacimiento y jamás escuchó las palabras del conjuro.

Inédito

Vuelo de Halcón

La barra se coloca en posición horizontal; se ajusta debidamente sobre el punto en el que se va a hacer presión; se sujeta con firmeza por los dos extremos buscando un punto de apoyo para que la acción sea más efectiva y se inicia el rito de matrimonio entre esa barra dura, sin flexibilidades y la zona atacada, presionada con un contacto sólido que cada vez se hace mayor, apoderándose de todo, con esa terquedad material de lo que no siente, de lo que está ahí, precisamente por no sentir, cumpliendo su fría misión sobre el otro tipo de materia inerte, entregada absolutamente a la relación que se está imponiendo.

Se coloca la barra en posición horizontal, aunque después, con el movimiento lógico cambiará en repetidas ocasiones de lugar, pero siempre existirá una constante que radica en dos puntas fuertemente asidas por un poder casi mecánico que impone la decisión de que las cosas se desarrollen como están planeadas, sin que fallen más que mínimos detalles que no alterarán el resultado absoluto para el que se ha ensayado con bastante anticipación, minuciosamente, vigilando cada movimiento desde el embrión teórico que después alcanza su floración práctica, contundente, categórica.

La barra se coloca como se ha planeado previsoriamente, dejando los márgenes considerados para el movimiento, en caso de que estos tengan que ser utilizados en medio del fragor de las fuerzas que se ponen en juego con todo su choque de contradicciones con la materia dura bien sujeta por los extremos aplicando la presión en el punto blando, en el punto centro que finalmente habrá de permanecer inerte.

Se coloca la barra en el lugar indicado y se empieza a presionar, con precisión, con la plena conciencia de que el plan habrá de llegar a una culminación exitosa.

La barra, pegada a las ruedas de acero se empezaba a movilizar lentamente, después más ligero, y enseguida continuaba el desfile de carros enganchados a una máquina que se lanzaba a recorrer su itinerario de rieles, a romper el horizonte descubriendo nuevos paisajes ante los ojos asombrados, después de atravesar un montón de barracas ahumadas, de pequeñas ciudades de madera, de hierros oxidados en donde había de todo, desde perros y perros y más perros ladrones hasta improvisadas ventanas adornadas con botes viejos desde donde se desprendían hacia el suelo simulacros de follajes, vegetaciones pálidas, menesterosas.

Y allí, entre las barracas, la figura del viejo dicharachero, del viejo combatiente que repetía cada que pasaba el tren su gastado verso:

Corre corre trenecito,
no me dejes ni un vagón,
vámonos para Celaya
a combatir a Obregón.

La máquina anunciaba su paso con un ronco sonido que hacía temblar todo lo circundante y despertaba ladridos y somnolencias en aquel suburbio que poco a poco se iba alejando, se iba quedando atrás como un organismo que se queda en la página anterior, latiendo con su propia vida, de la que no se sabrá más porque el movimiento empieza a abrir otras nuevas posibilidades de existencia, de modos de ser y de sentir, con nuevas características geográficas, con un nuevo tiempo por vivir.

Y el pensamiento en la velocidad con que aquella barra se estaría movilizando hacia arriba, hacia abajo, pecada tercamente a las ruedas duras con trepidaciones de distancias nunca saciadas, con rodajes de nuevas poblaciones y ciudades, de llanos y desiertos remontados una y otra vez en cada viaje. Aquella barra recia sujeta al movimiento, inerte ante el desplazamiento obligado por una fuerza superior, por un impulso motriz ajeno a esa ascensión en diagonal y a ese descenso nunca totalizado, amarrado a tuercas y tornillos clavados a igual terquedad.

El ruido del ferrocarril se iba perdiendo en la lejanía y en las barracas, después del estremecimiento programado, todo volvía a su pasividad cotidiana. Sergio Calvo metía la mano a su bolsillo y sacaba de él unas canicas verdes, con manchones grises y rojos, el “tirito”, como él les llamaba, y se iba a jugar con los demás chamacos del lugar. En el piso de tierra dibujaban diversas figuras geométricas, “el cococol”, “el cuadrito”, y sobre las líneas señaladas colocaban las bolas de cristal pintadas con diversos colores, abiertos a todas las imaginaciones.

Las mujeres pasaban veloces impulsadas “al mandado”, sin voltear a ver a la chiquillería estorbosa que se apostaba a través de los pequeños planos polvosos; y al lado de ellos, en pleno ocio, el viejo dicharachero, que después de masticar hasta el cansancio, día tras día los sucesos de una revolución en la que aseguraba había participado, se ponía a cantar, a veces, o si no, simplemente a relatar con tonos punzantes, el amasijo de chismes que tomaba forma entre los habitantes de aquel hacinamiento de habitaciones cochambrosas, pintadas con polvos y humos de las factorías cercanas.

-Corre, corre, trenecito...

-Ya chántela viejo, y venga a echarse una cervatanita pal calor.

-Pal gaznate has de decir, pal calor pa qué, ese déjalo a'i 'on 'ta, poniendo cuernos y haciendo niños.

-Ah qué viejo, siempre tan jodón.

En uno de los viejos y descoloridos carros del ferrocarril, al lado de un ramal de rieles, se llevaba a cabo la venta de aguardiente, en donde se daban cita, durante los días hábiles, algunos desertores del trabajo, y durante sábados y domingos los que gozaban de sus días de descanso.

Pero no sólo el viejo era el encargado de prolongar el chisme diario hasta más allá de las barracas mal paradas sobre la superficie; también los niños que pululaban a todas horas entre las encrucijadas del caserío eran vehículo veloz de todo lo que escuchaban en sus casas, y agentes del intercambio a la hora de sus juegos al ras de la tierra. Y entre aquellos chamacos tan terrestres, Sergio Calvo disputaba, a veces a gritos, en ocasiones a puñetazos, la legalidad del juego, revolcándose con los demás niños, como los canes que ladran, se revuelcan y terminan perdiéndose en un chillido lastimero, saltando sobre los durmientes enchapopotados. Las tardes se plagaban todos los días de ese barullo de chiquillos sucios, vestidos con pantalones y camisas parchados, correteadores de perros y apedreadores de gatos, ratas y lagartijas.

En ocasiones, cuando la inmensa plaga de chamacos escandalosos se cansaba de retozar sobre las piedras oscuras y filosas repartidas entre los rieles, asomaban su curiosidad al interior del carro descolorido, de donde los gritos de los mayores iban subiendo de tono a cada nuevo trago de aguardiente mientras el viejo dicharachero refunfuñaba sus conocidas estrofas:

Corre, corre, trenecito,
no me dejes ni un vagón...

El viejo dicharachero cantaba, conversaba, hacía bromas o recordaba sus pasados hechos de armas, más inclinado hacia la fantasía que hacia la realidad, mientras algunos comentaban el chisme de moda.

-Te digo que la vi salir bien amarteladita de un hotel de las calles de Allende y ni siquiera se chiveó cuando nos cruzamos en la calle.

-No 'mbre.

Así todas las tardes; y así todas las noches los chamacos iban a buscar el calorcito con olor a humo de sus casas. Sergio Calvo, como posiblemente el resto de los chamacos, se encontraba al llegar con un reproche desganado por

parte de su madre, quien le culpaba de tener que aplicar un parche más a sus ropas, y entonces él sabía que iba a volver a sus pesadillas de todas las noches, rodeado de halcones y de pajarracos repugnantes.

Un dos, un dos, un dos, se empieza por aprender a llevar el paso muy bien, y después todos juntos, sincronizados debidamente, dan la impresión de aquel movimiento parejo de las ruedas del ferrocarril, cuando pasaba haciendo temblar el piso, a la hora que ya todos sabían que tenía que pasar. Después viene la práctica del golpe propinado con el canto de la mano, y que cuando ya se es muy hábil para darlo, puede causar la muerte de cualquier pobre diablo. Todos los secretos para romper los huesos humanos, están ahí, al alcance de la maña, todo es ponerle un poco de interés al asunto para luego terminar con la práctica que se hace con base en armas blancas y sobre todo de armas de fuego, para lo que hay que levantarse casi de madrugada, igualito como dicen que lo hacen los soldados. Claro está que por la falta de costumbre, a los primeros mandarrizos quedan pitando los oídos, como los pitidos de aquel ferrocarril que pasaba traqueteando y movía las canicas de su lugar mientras el ruido quedaba dando vueltas en el caracol de las orejas.

Corre, corre, trenecito,
no me dejes ni un vagón...

El viejo se pasaba la mayor parte de su vida montado en los ferrocarriles y realmente era muy poco el tiempo que se la pasaba entre nosotros; lo queríamos mucho, por que si mal no recuerdo nunca dejó de ser bueno. Después de sus largas ausencias nos traía dulces y nos acariciaba con sus manos rasposas, pero con una ternura que nunca hallé ni antes ni después en ninguna otra parte. Lleno de grasa y de sudor, siempre, con un olor penetrante que se desprendía de su cuerpo y que en verdad era con lo único que me acuerdo que nos golpeaba. Cuando se llegaba a enojar con nosotros, en lugar de utilizar el cinturón, como los padres de otros escuincles, nada más se limitaba a alzar los brazos para castigarnos con el tufo que se desprendía de sus sobacos; pero lo cierto es que el viejo siempre estaba de buen humor, aunque se pasara agarrándose la nuca y los hombros nomás del puro cansancio.

Cuando el viejo dicharachero se ponía de contador le gustaba platicar que Sergio Calvo era un hombre de bien. Recordaba las luchas en las que habían participado con otros compañeros ferroviarios y de cómo más de alguna vez le habían abierto la cabeza los policías o le habían encerrado los días en unas cajas de metal a las que les daban el nombre de cárceles.

El viejo dicharachero se entusiasmaba y entusiasmaba a sus oyentes que querían saber más de Sergio Calvo, de quien se decía que en su juventud había sido tan fuerte que había matado de un solo abrazo aplicado con enojo a uno de esos bomberos que con sus mangueras mojaban de miados a los que caminaban en las manifestaciones, levantando entre sus manos mantas y cartelones exigiendo por las calles de la ciudad derechos sindicales que nunca les cumplían.

Lo que tenía de bueno lo tuvo también de valiente –recordaba el viejo entre trago y trago de alcohol-, yo lo llegué a tener escondido varias veces en mi casa, cuando lo perseguía la agentiza para fastidiarlo. Lo ocultaba debajo de la cama, él se acostaba sobre los pliegos de papel que servían para la propaganda que repartían por las noches los que organizaban los mítines, y cuando creía que ya estaba bien jetón, con su alma recostada sobre alguna estrella roja, o sobre alguna sábana del frío de la madrugada, oía su voz de bonachón que me decía desde su escondite: “hey, viejo, revientese otra vez esa de corre, corre, trenecito, no me dejes ni un vagón... no más que muy quedo, no nos vayan a agarrar a media filarmonía”.

La barra es de metal, dura, necia, cumplidora fatal de su destino, consistente en oprimirse con fuerza sobre el punto que se le ha asignado, que se le ha marcado para que ejecute su función sujetadora. Los cabos deben estar pulsados firmemente para que no se produzca ningún otro movimiento que no esté previsto por el cálculo certero en implacable. El metal, sin calor propio, sin decisión alguna, cumple fría, sólidamente y presiona sobre el punto debido con la energía que se le imprima en las terminales y ciega se adhiere a la otra materia que espera inerte el

acomodo final, el acoplamiento conciso. En la medida en que las ruedas van tomando velocidad, deslizándose sobre los rieles, la barra adquiere su movimiento mecánico, como un brazo de fierro incansable que sube y baja en forma diagonal amarrada a su destino oscilatorio.

-Te digo que yo la vi salir del hotel; hasta bañaditos venían los dos.

-¡Ah, hijos!

El ferrocarril que pasaba durante las horas grises que se alargaban entre la tarde y la noche constituía la señal para que Sergio Calvo se encaminara a su casa, en donde su madre ya le esperaba, de seguro, con su cara agría y el reproche pronto por la hora de llegada, o por los moretones en el cuerpo, o por la camisa deshilachada, o simplemente por que sí. Él soportaba aquellos minutos de reconvenciones con la certeza de que más tarde, cuando empezara a soñar con halcones y pajarracos repugnantes, su madre asistiría a arrancarlo de las garras de los malos sueños. Ahí estaría ella, en esos minutos difíciles, con sus caderas amplias y redondas, con sus piernas suaves y regordetas que provocaban ciertas sonrisas que él no entendía, entre los hombres que bebían en el vagón descolorido durante los mediodías. Ella estaría ahí, agitando las enormes caderas cubiertas con las faldas floreadas que tanto le gustaba ponerse, correteando los malos sueños con una escoba, abriendo las ventanas para que por ellas se fueran volando y que no volvieran nunca más... hasta mañana... como los trenes negros de humo.

Mi papá casi nunca estaba en la casa, se montaba en el ferrocarril, aullaba largamente, como si le doliera desprenderse de nosotros, y después del aullido arrancaba encima del gran aparato y no se le volvía a ver por muchos días. Yo primero sentía algo de tristeza, cuando desaparecía el viejo, adelante del enorme gusano ruidoso, pero luego me juntaba con los cuates, a quienes para entonces ya no les gustaba jugar con las canicas; ya le entrábamos a la cerviciza y nos fijábamos en las nalgas de las chamaconas y empezaba yo a entender por qué aquellos hombres que bebían en el interior del vagón descolorido sonreían maliciosos cuando pasaban las señoras al madado.

Pero no siempre nos quedábamos solos en la casa, pues a veces llegaba a tomar café el señor Sigler García y se quedaba hasta la noche, y después, como tenía miedo a los perros que se ponen a ladrar entre los callejones que forman las barracas, mi mamá lo acompañaba y yo le decía a ella que no se tardara mucho porque ya pronto iban a llegar los sueños malos, llenos de halcones y pájaros que en aquel entonces me daban rete harto miedo.

El señor Sigler García nos visitaba seguido porque mi papá le debía hartos dólares y la mera verdad es que no tenía ni pa cuando pagarle. Si el viejo estaba en la casa, luego sacaba una botella de Bacardí y le ofrecía al señor Sigler García; pero don Sigler nomás se chupaba dos copitas y se ponía reticolorado, como si se le fueran a romper los cachetes güeros. Cuando no estaba el viejo, mi mamá no le daba Bacardí, ella le invitaba una taza de café, y los dos se veían, y se reían y platicaban mucho, y él me regalaba bolsas de dulces que había comprado en alguna tienda con el fin de que todos estuviéramos contentos, pero el muy inocentote ni se imaginaba que a mí ya no me entretenían esas chucherías, que a los cuates y a mí ya no nos gustaban los dulces ni las canicas, sino que ya nos parábamos en las esquinas para ver pasar a las chamaconas moviendo la nalga; que ya también nosotros nos entreteníamos con los versitos del viejo dicharachero:

Corre, corre, trenecito,
no me dejes ni un vagón...

Te digo que fue en un hotel de las calles de Allende, los dos juntitos. Don Sigler García no se volvió a parar por la casa y mamá se fue poniendo de mal humor. Entonces afinaba mi guitarra y le cantaba aquello que tanto le gustaba, “corre, corre, trenecito, no me dejes ni un vagón”, ah qué Sergio Calvo. ¡Sergio Calvo! ¡Presente!, y largo se hace el tiempo para empezar a romper hocicos. Y cuando llegaba con los codos y las rodillas rotas, su mamá le cocía unos parches sobre las heridas, con los billetes que dejaba caer sobre la mesa el señor Sigler García. Sus ojos, sus manos, su ropa, su todo era de halcón, como un feroz mal sueño. Yo creo que el méndigo prestamista ni casa le ha puesto,

así como es de tacaño. Hasta que ella jaló pal mandado y nunca más volvió; papá sí regresó, sobre su tren ruidoso, nomás pa ponerse a llorar como silbato viejo. Y ya ansina de envejecido como estaba, me daba dialtiro muncha lástima, pos no era ni tantito de aquel que conocí pegando papeles en los postes y pintando en las paredes, con letras rojas, sus cosas de sindicalerías. Hasta que por fin llega el momento en el que lo mandan a uno a aplacar a esos revoltosos que andan gritando por las calles, cargados de cartelones y ruidos de fábricas. Y entonces la máquina llegaba ronca de tanto camino, con el viejo aullando arriba, era cuando el señor Sigler García se iba rápido a su casa pisando sobre el humo de la noche. Sus ojos, sus manos, su ropa, su todo era de halcón, como un feroz mal sueño. Por que si le hubiera puesto casa, pos nomás no la anduviera trayendo en hoteles. El viejo se fue poniendo pálido y pellejudo, 'ora sí que viejo, ya no se montaba en su máquina, me veía con ojos de perro necesitado, pero la pura neta que yo ya no lo quería y estaba esperando nomás la oportunidad pa largarme también con rumbito pa la fregada. Luego, el chamaco, que ya le empezaba a gustar la vagancia, jaló quien sabe pa dónde, con gente como esa nunca se hubiera hecho la revolución. Y con las mismas mantas, donde dicen ¡Viva la Revolución!, con esas mismas mantas, se les tapa el hocico, pa que ya no griten los méndigos. Y una noche ella dijo que iba al mandado –recordaba Sergio Calvo cuando le estaban enseñando karate-, pero ya no regresó a las barracas, tampoco volvió el señor Sigler García. Sus ojos, sus manos, su ropa, su todo era de halcón, como un feroz mal sueño. Yo los vi bien abrazados cuando salían de ese hotel, qué bueno que el difuntito ya no alcanzó a ver más cosas. Después supe que se había muerto, pero la neta que no sentía ningún flato por él, al contrario, harta vergüenza me daba regresar a las barracas, a que los cuates me dijeran “hijo de puta, saludame al güey de tu papá”, así que no sé ni cómo le hicieron para enterrarlo. Toda la carga del entierro nos quedó a los que todavía lo estimábamos un tanto, ¿qué tal la veríamos que hasta la guitarrita tuve que empeñar? Hasta que llega el momento en el que le dan a uno la ametralladora, y entonces sí, a darle a la musiquita, con obreros, o estudiantes, o el que caiga, pues. Y sin saber nada de mítines ni huelgas, Sergio Calvo, asustado, todavía durmió por algún tiempo en el fondo del vagón, repleto en las horas de la madrugada de sueños difíciles. Sus ojos, sus manos, su ropa, su todo era de halcón, como un feroz mal sueño.

La barra se coloca en el sitio adecuado, preparándola para después apretar con toda la fuerza de que se pueda ser capaz. El tirón debe ser parejo, firme, con los extremos bien sujetos para que el centro de aquella longitud oprima con la contundencia requerida. La materia dura, insensible, debe quedar perfectamente ajustada para que el proceso no se alargue demasiado tiempo. En ocasiones la barra puede, por motivos del movimiento, desplazarse del sitio original, pero ello no representa gran importancia, pues el fierro siempre tendrá la consistencia necesaria para cumplir el cometido. El auxilio de la rodilla es necesario, para que el punto en el que se aplica la presión proporcione un frente fijo. Se coloca la rodilla detrás de la nuca y se jala con furia de los dos extremos, entonces el punto blando, aplastado contra el punto férreo, empieza a ceder con un estallamiento de vasos sanguíneos, con una rompedera de anillos cartilagosos; el fierro se clava asesino en las vértebras cervicales, asfixiante, y sólo cede a la presión, cuando la angustia final produce un largo ruido que sale por la boca como el lamento de un ferrocarril que lentamente se va incrustando en la lejanía.

2 de octubre de 1975

De: YO SE LO DIJE AL PRESIDENTE

1ª Edición: Fondo de Cultura Económica (1982)

2ª Edición: Fondo de Cultura Económica (1986)

3ª Edición: Fondo de Cultura Económica (1994)

4ª Edición. Fondo de Cultura Económica (1998)

Tomasa Villa

Si señor, yo soy esa mera, yo soy Tomasa Villa pa' servirle, como dicen los catrines; en realidad no tengo mucho que contar, qué se puede decir cuando ya todo mundo sabe de qué se trata el asunto, cuando ya se han hecho preguntas hasta el cansancio y cuando ya se han contestado todas esas preguntas al derecho y al revés, porque esos que preguntan y preguntan lo saben hacer al derecho y al revés, verdad de Diosito lindo, entonces las palabras se desaguan como desde un tinaco hasta que el tinaco se queda bien seco y ya no hay nada más que dar aunque se quiera; ya todo está dicho y apuntado y comentado y dicho y dicho que hasta la saliva se me secó ya de tanto tragar aire cada que abro la jetota pa' volver a repetir la misma historia que ya todos ustedes se han de saber de puritita memoria.

Qué quiere que le cuente de nuevo, ¿lo del chavo?, bueno, pues a'í tiene que era un chavo bien agarrado a la panza de su madre; pa' que vea que no le miento no era chavo, así se dice cuando se habla de esas cosas y cuando no se sabe todavía qué va a ser lo que se anda cargando en la barriga, pero la verdad de las cosas es que era una chavita, pateadora, chupadora y yo creo que hasta gruñía allá adentro; eso me han dicho las de doble filete, que hay veces que gruñen los condenados chavos en las meras entrañas y que muchos de éstos cuando nacen y crecen, siguen llorando de por vida o hacen versos, como esos señores raros a los que les dicen poetas por mal nombre y que se dedican a embarrar el mundo con sus lagrimotas de tinta.

Dígamelo usted, si es que me lo puede decir, cómo se le hace cuando anda una cargando algo que no se desea y el maldito cuerpo, esta mugrienta cáscara de que se está hecho, se empecina en guardar el bultito y irlo alimentando y calentando en donde quiera que una va, como una canija maldición que no se acaba, que sigue creciendo y rebotando adentro cada día que pasa. Dígamelo usted, si es que me lo puede decir, qué es lo que se hace cuando eso pasa, por que yo, de plano, que no hallé solución. Me jalaba los pelos todas las noches, hasta que me quedé así como me ve, apedreada por todo el escuiclerío: ¡La calva! ¡La calva! ¡La calva panzona!, y yo me seguía jalando los pelos sin encontrarle la entendedera al asunto, con las venas hinchadas y la barriga brinque y brinque: ¡Esa calva esta pastel!, y la barriga me seguía brincando: ¡Bien pastel!, y la barriga brincando.

Yo no sé si usted sepa lo que es salir a media noche a buscar algún basurero en donde tirarse pa' abrir las patas y botar toda la rabia que se anda cargando en el vientre, claro, disculpe, seguro que usted no sabe de esas cosas, perdone pues, pero si viera lo recanijo que es eso, buscar un lugar solitario dónde tumbarse boca arriba, llena de dolores que revientan el cuero, mirando las estrellas y nomás de mirarlas sentir que lo que tiene una adentro es una quemazón de estrellas que quieren salir al mismo tiempo todas porque adentro se están ahogando; si pudiera usted saber lo que es esa desesperación, la puritita verdad que se le enchinaría el pellejo como a esa pobre calva de la Tomasa Villa.

No es que no tenga una los calzones bien puestos, pero a veces nos los llegan a quitar a la meritita juerza, aunque el corazón se quiera salir por la boca de la pura muina y tape el aire pa' que ni siquiera se pueda respirar, y luego las manos calludas, temblorosas se meten por debajo de la falda hasta que agarran el elástico y lo rompen de un puro jalón y una se siente como si estuviera bien encuerada en el mero centro del Zócalo o caminando con las vergüenzas de juera a las dos de la tarde por las calles de Allende. Eso sí que está bien feo y como se lo advertí, no es que una no tenga los calzones bien puestos, pero es que a veces sí que nos los llegan a tumbar pa' puritita maldición y ni nadie que meta un dedo aunque se la esté llevando a una el carajo, palabra que eso sí que se siente rete gacho.

No sé si usted haya tenido siempre padre y madre, ojalá que sí, ojalá que nunca haya tenido que soportar las canijadas de algún padraastro como les dicen a esos cuates de cara dura que se la pasan jalando las patillas de los chavitos; pero si usted tuvo padraastro entonces sí que ha de saber lo que es eso. ¿Verdad que no se lo deseamos a nadie? Dicen que hay hombres buenos y justos en esas ondas, pero usted sabe que una habla de cómo le va en la pachanga, porque es de lo único que se conoce y de lo que se puede hablar, lo demás serán inventos. ¿Usted ha oído

hablar de aquella que tenía marido pero que lo cambió por un zopilote que le hizo un muchacho muy sufrido?
¿Verdad que puros cuentos?

Pero la mera neta es esta. El muy mula a'í estaba siempre, sentadote, no me acuerdo que haya hecho alguna cosa alguna vez, sólo lo recuerdo echado, con su carota de gruñón, con sus ojos raros siempre que me miraba, chúpele y chúpele a la mezcaleada, como si se fueran a acabar las botellas de mezcal que se fabrican en la pelotota. A veces se ponía a matar moscas con una liga. Acercaba con cuidado los dedos a la cobija deshilachada, los juntaba cerca del animalito y luego jalaba la otra punta de la liga blanda, donde ya había manchitas de sangre, jalaba a todo lo que diera la liga y ¡zas! Quedaba la mosca destripada sobre la colcha. No lo recuerdo haciendo otra cosas que no fuera matar moscas o inflarle y inflarle a la botelliza de mezcal hasta que se inflaba colorado y escupía bolitas de estopa por todos lados con la lengua hecha una bola de trapo.

‘Ora verá; fue en una de esas cuando se me echó encima, con todo su peso abotagado, ahogándose de pestilencia, con todo su asqueroso, su inmundo cuerpo inflado; me restregaba su baba en los cachetes, no me dejó aliento ni pal grito; fue una noche de septiembre, si bien que me acuerdo. ¿Usted lica lo que es sentir esas manos calludas no más de abrir botellas y porquesque antes le había hecho a la carpintería, sus mugrosas manos calludas metiéndose debajo de la falda hasta que agarran el elástico y lo rompen de un puro jalón? Y revolcarse desesperada en el camastro con el panzón encima que le jala a una de las greñas pa’ dejarla como gallina pelada, y por fin sentirlo adentro, caliente, rompiendo todo lo que se le rompe a una adentro hasta que empiezan a llorar las piernas con una sangre tibia que se desparrama por el tapanco.

Esa noche de por sí estaba yo bien asustada y si me quedé con él en el tapanco, jue por el merito miedo que sentía de salir a la calle con aquel cotorreo que se traía la gente por todos lados. ¿Ustedes han sentido miedo alguna vez? ¿Verdad que es de la fregada? Pues no me va usted a creer, pero como que ya presentía algo que me hacía temblar esa noche. Era miedo, un recanijo miedo que me entraba por todas partes del cuerpo y me lo sacudía; nunca me sentí tan sola como esa vez, pero ya luego me iba a seguir sintiendo sola en muchas ocasiones. Si por eso jue que me quedé en el tapanco, pa’ no tener que salir a la calle donde los rumores corrían como ratas asustadas que salen de las coladeras pa’ meterse en las puertas oscuras.

La gente se traía la escandalera de la loca, en todas las esquinas no se hablaba de otra cosa; que por qué no la recogía el gobierno; que si la policía estaba comiendo moscas, de esas que se escapaban de lo ligazos; que si ya se había echado a una chavita a puros tijerazos; que si todas las noches se aparecía detrás de los puestos de tacos; que si esto, que si lo otro; que si lo de acá, que si lo de más allá, y a mí que se me paraban las greñas de punta nomás de oír tantas cosas. Ya algunas noches la había soñado con los oclayos saltones, con sus ropas desgarradas y sus alaridos detrás de mí, empuñando las tijeras que traía en la mano derecha, según los que la habían visto.

A mi madre le decían la calva, y el último recuerdo que tengo de ella es el de su azotea bien pelada, con mordiscos por todos lados, como si le hubieran arrancado los pelos a puras dentelladas, como si se hubiera acostado una noche entre perros hambrientos y se hubiera levantado al otro día trasquilada hasta el cuero y con una panza más grande que un circo. Que estaba embarazada decían algunos, otros decían que estaba pastel y yo me imaginaba que esos mordiscos y esa panza eran culpa de los malditos perros y que por eso los andaba buscando por las calles, para clavarlos en las puntas de las tijeras. Ese es el único recuerdo que de ella guardo, porque después se puede decir que todo lo borró el miedo, después fue nomás el miedo el que me sacudía, las paredes del tapanco estaban cubiertas con miedo, en el aire se respiraba puro miedo, todo, todo estaba manoseado por el miedo.

La gente no hablaba de otra cosa que de la loca, era un cotorreo canijo el que se traía; todos estaban que ya les andaba nomás de miedo porque decían que salía aullando por las calles cuando menos se lo esperaban los cristianos y luego luego empezaba la corredera pa’ todos lados. De plano que se los traía de la chamarra; nomás empezaban a hablar de la loca y todas las viejas se santiguaban mientras los escuincles se quedaban viendo pa’ arriba con la boca abierta y el susto bailoteándoles en los oclayos. Los hombres nomás se reían, pero tempranito jalaban pa’ las

vecindades a menos que anduvieran borrachos y en bola, y entonces se ponían a cantar en la calle “la llorona” o gritaban groserías de la loca.

Pero me ando saliendo del huacal, ya lo sé; lo que usted quiere que le diga es la cosa de la chava y se lo voy a cotorrear una vez más pa’ que esté contento. Pos a’i estaba nomás en la barriga, crece que te crece, chupe que te chupe esta pobre sangre de Tomasa Villa y ya no hallaba yo como botarla; en las noches me despertaba vomitando y sentía que todo el tapanco daba vueltas y como si se me juera a caer encima de un momento a otro, y me daba rete harta rabia y nomás de acordarme de la chava a’i adentro comiéndome lo poco que se logró una meter de los desperdicios de los puestos de tacos me volvían las ganas de vomitar hasta que nomás me quedaba echando espuma de no tener ya nada que echar pa’ juera. Habían veces que me retumbaba todo el cuerpo... y las palpitaciones... palabra de Diosito lindo que usted no sabe lo que es eso que le ande palpitando por adentro una cosa que usted no quiere tener, me cae que usted también se hubiera puesto a jalarse los pelos hasta quedarse como pollo a medio desplumar.

Esa noche, la neta, que ya no aguanté más y jué cuando me juí en silencio a buscar en dónde botaba todo ese revolvedero de tripas; me juí jalando pal basurero donde luego encontraron el charco de sangre; me juí sin que nadie me viera, pa’ tirarme en cualquier campito y abrir las patas y jalarme aquello con todas mis juerzas, aunque me dolieran hasta las estrellas que nomás miraban allá arriba todo lo que estaba pasando. Me metí los dedos, como quien se agarra del elástico pa’ romperlo de un jalón y alcancé a la chava que ya estaba en una ahogazón de agua viscosa, entonces cerré los ojos pa’ ver nomás las estrellas que están adentro, en el merito coco, y empecé a arrancar en medio de todo aquel charquero que me dolía hasta la última gota, hasta la última boqueada que se da antes del desmayo.

Él me agarró con juerza, me abrió las piernas como si me las quisiera desprender y todo el tapanco se cimbró cuando se metió en mi carne y empezó a darle, a darle con furia, como si estuviera en la desesperación de la muerte. Yo no sentía ya el cuerpo al que le estaban haciendo una chava untada de alcohol, yo no sentía ya ni la azotea desgñada, ni los manojos de pelos esparcidos abajo del camastroapestoso. Cuando terminó me levanté empapada de asco y me juí a la calle donde la gente seguía con su miedo y su cotorreo.

Todos decían que la loca era altamente peligrosa, que la debían amarrar de pies y manos, que se la debía llevar la policía de una vez por todas, que cualquier día iba a amanecer muerta de las atragantadas que se daba con los desperdicios de los basureros, que ella misma se iba a enterrar las tijerotas en la barriga cuando menos lo pensarán. Y la loca iba y venía en la boca de todos, andaba en las calles desgarrada de las ropas, en las bolsas gordas de los pepenadores, en la panza de la calva, que ya estaba pastel.

Anduve de puerta en puerta, como usted ya sabe, pero todas las puertas se me cerraban en las merititas narices, entonces tocaba enloquecida con las manos, hasta que me sangraban, luego tocaba con las tijeras duro y duro pero las puertas se aboyaban y nadie me abría, todos estaban enfermos de miedo, todos estaban ahogados de susto, entonces no me quedaba más que seguir acompañada de aquel frío que me jalaba de las orejas y las narices. Usted no sabe lo que es eso, caminar sola por las calles, a media noche, cerca a veces de los borrachos que pasan cantando “la llorona” y gritando groserías; usted qué va a saber lo que es eso, si nomás se lo cuento pa’ que vea lo que se sufre a media calle, sin que nadie se atreva a asomarse pa’ aventarle a una aunque sea un hueso en la jeta.

¿’Ora, quiere saber por qué tanta angustia? Pos nomás póngase a pensar un ratito qué haría usted si después de ir a rajarse el lomo para conseguir la papa se encuentra con el tapanco lleno de sangre; póngase a pensar, si tiene hijas, póngase a pensar en su hija gritando entre los basureros, asustando a la gente con las tijeras en la mano, apareciendo detrás de los puestos de tacos, toda desgarrada de la ropa, dando chicos alaridos y la escuinclería detrás tirándole piedras. ¡La calva! ¡La calva está pastel! Nomás piense tantito en esto que le digo y va a sentir lo que es bueno.

Por todo esto que le cuento jué que agarré pal basurero y busqué un clarito donde aventarme panza pa' arriba, donde nadie me viera más que las puritas estrellas, pero éstas están muy alto, donde ha de hacer más frío que el que se carga una entre los huesos; y ya a'i botada con todo lo que es una, empecé la arrancadera sobre la basura, que nomás de acordarme, como que se me sacude toda la carne. Había que arrancarla a la chava, pero la canija se agarraba adentro con todas las uñas, si es que ya tenía.

Eso es todo lo que tengo que decir, como si no se lo hubiera dicho ya tantas veces; de ella sólo sé que se llamaba Tomasa Villa y de mí, que nací en medio de un basurero y crecí con las hermanas ratas y los hermanos murciélagos. De ella sólo conservo el último recuerdo, cuando salió esa lluviosa noche de septiembre quesque a conseguir la papa y me dejó sola en el tapanco; recuerdo su última cara, con la mitad de la azotea sin pelos, quesque sífilis, desde que la violó un viejo borracho de esos de cara dura que jala las patillas de los chavos; recuerdo su cabeza sin pelos y la panzota que andaba cargando cuando se jué. Yo nomás me río de acordarme. Porque estas lágrimas que ve, son de puritita risa. A'i le dejo mi cotorreo otra vez, a ver que hace con él, y las tijeras éstas, que sirven pa' cortarles el cordoncito ese que les sale del ombligo, que les sale del centro del cuerpecito a los chavos, cuando nacen.

De: YO SE LO DIJE AL PRESIDENTE

1ª Edición: Fondo de Cultura Económica (1982)

2ª Edición: Fondo de Cultura Económica (1986)

3ª Edición: Fondo de Cultura Económica (1994)

4ª Edición. Fondo de Cultura Económica (1998)

Buen amigo

A Leticia Zapiain

ESCENARIO: adelante, el sol; atrás, la luna; a la derecha, el polvo de la laguna seca; a la izquierda, la lluvia que aliviana. Paquito Pérez prometerá a su mamá que no hará travesuras y regresará, sobre sus pasos solitarios, sobre su jiotosa orfandad infatil, al viejo, desigual y descarapelado corredor que lleva al tercer patio de una vecindad de las calles de Allende. No lo podrá asegurar, pero se imaginará que su mamá está contenta por que sabe que él, Paquito Pérez, no hará travesuras y también que ya no vive solo en medio del bullicio de la vecindad, por que ahora cuenta con un amigo al que le dicen algunos, de burla, pero muchos otros con respeto, el poeta; personaje que todas las mañanas lo despierta con los trinos que les despluma a zenzontles, canarios, clarines, jilgueros, al levantarse, antes de que salga el señor sol, como le llama; su amigo le quita los overoles en desuso con los que se cubre para dormir y se van a caminar por horas sobre los mecates que cruzan el espacio, de pared a pared, porque al poeta le gusta andar siempre cerquita del cielo, por donde dice que deben caminar los pensamientos de los poetas y de los músicos; luego se pone a llorar porque a los músicos los tienen encerrados en jaulas de alambre para que alegren la vecindad, pero ellos, dice el poeta, no la alegran, al contrario, la entristecen porque lo que cantan no son alegrías, sino pedacitos macizos de sufrimientos que vomitan por los picos. Porque el poeta dice que solamente cuando el los poda, antes de que salga el señor sol, los cantos son puros; después se empiezan a manchar con las diferentes luces del día y con los gritos de los chamacos cuando regresan de la escuela, los que van; los que no, empiezan a manchar los cantos desde mucho antes. Paquito Pérez llegará hasta el tercer patio de la vecindad y buscará a su amigo el poeta, al que encontrará sobre una mesa de madera corriente, poblada de moscas, cucarachas vertiginosas y varias botellas de licor, vacías, y entre una mezcla de tristeza, descuido y soledad; sólo contemplará sobre la pared mordisqueada un cuadro de Leticia Ocharán, pintado con ilusiones azules, amarillas, blancas y rojas, y que es el único arreglo del cuarto. El dibujo fue recortado de un periódico que el poeta encontró por ahí, le puso él mismo su marco, su vidrio, y es verdaderamente el único sueño que mantiene pegado al muro, por que los otros se le fugan, inasibles, por el montón de rendijas de la puerta de madera que malcubre la entrada del reducido cuarto. Paquito Pérez le dirá al poeta que acaba de hablar con su mamá en las soledades del panteón de San Isidro y que le acaba de prometer que no hará travesuras, y el poeta le contestará con una sonrisa de vidrio, de esas que le quedan en la boca después de morder las botellas antes de que se evaporen sobre la mesa. Paquito se pondrá feliz al recordar que es el único que conoce el secreto del poeta, porque cuando a éste se le esfuma el efecto que le causa cada mordida que da a sus botellas, le enseña un lenguaje que los demás no conocen, y que no es el que hablan los hijos de aquel país muy poderoso que se apropiaron de más del territorio de un país muy pobre que vive al lado, quedándose ellos con la parte pavimentada, según dice el poeta; el lenguaje que el poeta le da a conocer dentro de sus secretos, es el del viento, que antes asustaba a Paquito por las noches, cuando se acostaba a dormir bajo un volado de láminas acanaladas, embadurnadas de chapopote; ahora el viento no le asusta por que el poeta le enseñó a entenderlo; ahora llega con suavidad entre las sombras y le platica de muchas historias bonitas que el poeta le ha descifrado pacientemente, historias que durante el día le repite en su media lengua el perico mohoso que se entretiene chismeando frente al cuarto de la portera, la que lo alimenta con trocitos de tortilla mojada dentro de una lata vieja de sardinas. A veces Paquito se sentirá muy triste, cuando su amigo el poeta no lo reconozca en la calle, en donde se pone a roer sus botellas, junto a otros hombres barbones con pedazos de ropa negra que les cuelgan hasta el suelo y zapatos viejos que se revientan al no lograr contener la hinchazón de los pies curtidos. Pero después su amigo le explicará que aunque los demás hombres que están con él no son poetas, le ayudan a buscar entre los tambos aboyados, detrás de los pasos de los santeros que llegan a vender sus imágenes, entre las macetas sembradas con ruda, epazote y yerbabuena, entre los tubitos de los cilindros que cargan unos señores que silban músicas oscuras y entre los botes de todo tipo tirados a media calle, los misterios que el viento deja durante el día para regresar a recogerlos y serenearlos por las noches. Entonces Paquito le preguntará por qué le dicen poeta, y él le dirá que por que es el único en toda la vecindad que después de platicar con esas voces maltrechas a las que la gente llama penas, alegrías, insomnios, dolores, hambres, las hace versos, que tiene guardados en un lugar secreto, junto con unos pliegos que encontró hace años, en donde se relata la historia de ese lugar, partiendo desde el sitio en donde se rindió

el emperador que lo defendía, precisamente donde hoy existe una capilla en la que los ladrones y raterillos peludos que se esconden en las entradas de las vecindades, llevan veladoras a su santo patrón para que los proteja en sus actividades, hasta la crónica de los temblores que han soportado las endeble habitaciones. Y cuando Paquito pregunte en dónde están guardados esos pliegos, el poeta le dirá en secreto que debajo de los lavaderos, cerca de donde se estancan las aguas enjabonadas, espesas de vicosidades grisáceas y verdosas. Paquito se pondrá en ocasiones más triste que de costumbre por los mordiscos que el poeta le propina a la botella (la pachita) que carga en una bolsa trasera del pantalón. Entonces, de pura vergüenza, el buen amigo se tragará la botella entera hasta que se empiece a borrar su silueta sobre las aceras de las calles pardas. En ciertos días Paquito sorprenderá a su único amigo bebiendo con unas mujeres andrajosas, con jorobas vestidas de pestilencias, con caras arrugadas y bocas desdentadas, y al percatarse de su gesto de asombro, el poeta le explicará que esas mujeres se llaman musas y que todos los poetas tienen una o más, que son las que en las noches, de preferencia, al llegar con el azote del viento, se asoman por la ventanita de la cabeza para dictar los versos que él termina escondiendo debajo de los lavaderos. Pero luego el poeta se pondrá triste porque sus musas no han llegado a verlo y a dictarle las cosas bonitas que él dice, y entre cada suspiro mojado con alcohol lamentará que ellas estén danzando por ahí, por algún cabaretucho del barrio, y tal parecerá que su tristeza le va a llegar hasta el trino de los pájaros, esos emplumados sonámbulos de las ventanas. Entonces saldrá del cuarto, dormido, con el sueño de muchas botellas se irá caminando por las calles, sin abrir los ojos, ni las bolsas de su saco arrugado. Cuando el poeta se encuentre bien se irá a trabajar; él es cobrador en un sitio de excusados públicos en donde cuesta un peso regir y cincuenta centavos mear, y le explicará a Paquito que eso le sirve de mucho porque en esa forma se encuentra más cerca de la poesía humana. De regreso a su cuarto la gente lo confundirá con esos pajareros que pasan vendiendo sus animalitos y le preguntará en las esquinas: ¿cuánto por un trino, poeta?, y el sólo responderá con una mirada blanca. Paquito Pérez se sentirá cada vez más preocupado por la ausencia de su único amigo, quien a últimas fechas se reúne con mayor frecuencia con los hombres oscuros de barbas largas, según explica él, por la decepción que le han causado sus musas, esas desdentadas ingratas que cada día lo tienen más abandonado y no se han acordado de venir a dictarle los versos que él dice esconde en un punto cercado a donde hace espuma el agua enjabonada, el agua de colores turbios. Un día de tantos, Paquito Pérez irá a buscar a su amigo pero éste no abrirá la puerta de su habitación y Paquito se asomará por las rendijas, y verá el cuerpo inerte de su amigo, apuntalado con botellas de alcohol, envuelto en olor de adioses, y sentirá de golpe que nuevamente se ha quedado solo ante las sombras, ante el frío, ante los chamacos que manchan con sus gritos los cantos de los pájaros, y algo inconsciente, desde quién sabe que vena enterrada en un pasado no muy lejano, le hablará de un niño universalmente solitario, llorando en el interior de una caja de cartón que diga en una de sus tapas: “siga los tres movimientos de...”, una caja de cartón depositada sobre un cerro de basura, con un niño sin ombligo y con un puñado de moscas inquietas que se le pasean por las comisuras de los labios, y después el niño se levantará, y andará, con su creciente puñado de piojos en la cabeza, venderá dulces y periódicos en los camiones de pasajeros, siempre sabrá que hay un hoyo en el estómago, y después sabrá que la pobreza envuelta en olor a pies sucios es correteada donde quiera, y después prometerá ante la tumba de su madre que no hará travesuras, y después conocerá a su único amigo en la vida, a aquel hombre al que le dicen el poeta, y a quien se le bambolean peligrosamente las palabras, pero que le enseñará a platicar con las cucarachas y con las nubes, con las diferentes voces de las mañanas, y después, cuando el hombre, su amigo, no despierte más de su pesado sueño de vidrio, sabrá que su soledad no existe, porque antes de que caiga el telón de todo, platicará con las lenguas del viento, y sabrá de todas esas leyendas que el viento recoge, arranca, revuelve de los rincones del barrio, y reconocerá que son esas las historias que le contaba el poeta de las palabras de vidrio, el de las palabras redonditas como canicas ajenas, y se pondrá encima los overoles en desuso y se acostará, cerca de los lavaderos, acompañado por los buenos sueños de la noche.

De: YO SE LO DIJE AL PRESIDENTE

1ª Edición: Fondo de Cultura Económica (1982)

2ª Edición: Fondo de Cultura Económica (1986)

3ª Edición: Fondo de Cultura Económica (1994)

4ª Edición: Fondo de Cultura Económica (1998)

Cuando salí de La Habana, válgame Dios

El golpe de yodo y espuma se estrelló (estruendo) sobre uno de los costados de la memoria. Todo quedaba a expensas del oleaje. La ciudad que se mecía desde cubierta con un lento hamacarse entre el presente y el recuerdo. Y no eran Méndez ni Portillo; la pólvora ciega del batistato; la manigua estremecida por el ansia en armas, trabajando la venganza y su futuro; no era Nilo Meléndez (aquellos ojos verdes...) ni Gonzalo Roig (cuando se quiere de veras...) ni el cáncer de Roldán ni el disparo sobre García Caturla, ambos latiendo entre los sistemas sonoros tradicionales y los motivos del son, a verso y bongó.

No, no era tan sólo la obstinación de Machado y la presencia en las calles y en los pechos del hombre abanderado por el tiempo, de la sangre nombrada en Rubén Martínez Villena, en Julio Antonio Mella; montada en los colores de Mariano Rodríguez, en las canciones del pueblo dándose siempre generoso, en las aceras. Y no eran Sindo ni Corona de serenata por los crucigramas de La Habana vieja; el jagüey hermanándose con la tierra; el mar resbalando su espuma sobre la calzada del malecón, lamiendo los costillares de la urbe colonial; el cañonazo del Morro; Amelia Peláez dibujándose en el barrio de La víbora; no era tampoco (Matanzas caminando sobre el Prado, amenazando las circundancias del Capitolio –café Miami y esos sitios- Neptuno), no, no eran tan solo Miguel Failde y la pasión liberal de Varona; Orestes López, el frontón, la pistola y el alcohol del Tropicana; el danzón rompiendo el vientre de su madre, la habanera.

Era todo a la vez, en un solo golpe de hechos, en un solo verbo reunido de las hojas de todos los calendarios; era una especie de mecánica a la inversa revisando hacia el presente un pretérito agolpado de sonido y sangre. Era el derecho de las primeras habaneras y lo que vino después. Heredia y el plomo fratricida; Emilio Ballagas y el negro chibiricoque, carne de bohío; Guillén y el negro bombón, y Caridá que lo mantiene, que le da to, y Eliseo Grenet haciéndole cantar. Y Quizá más antes, quién sabe desde cuándo, desde antes de Martí, quizá, Fidel y el Che, canciones a mano armada, azúcar y sal en movimiento, sal y azúcar en la conciencia de todos, batalla para ganar los días para siempre.

La memoria es un barco que ahora se balancea frente a la vieja ciudad, en donde una vez anclaron los cómicos de todos los rumbos; las arias italianas; los buques que venían por habanos; los tiranos de América retornando de sus vacaciones en Europa; los tiranos de América huyendo despavoridos hacia Europa; los príncipes de Habsburgo en su sueño mortal, destino, México.

Y ahí, sobre el vientre de la emperatriz Carlota -mientras el vapor se pelea con los vértigos de la espuma- se desliza con dilación morbosa la habanera de Yradier, embarcada frente a los albos reflejos de La Habana. Carlota se asoma sobre el oleaje. La música la mira y se enamora de ella, y ella decide llevársela en la mente, en las entrañas, como parte de su organismo, como un gajo más de la tierra llena de incógnitas, que ahora se descubre con su trama de sorpresas frente a sus ojos. Qué lejos los campos helados de Europa, los refinamientos áulicos, la nobleza orlada de linajes y prodigalidades. Ahora está sobre el mar de América (estremecimientos), la música se le enmaraña en el pelo. A ella y a Maximiliano de Habsburgo les espera su destino de la boca abierta, allá, junto a los grandes palacios de piedra abandonados. El mar se hace una sola, grave onda. “Cuando salí de la Habana, válgame Dios”. El mar es una espiral alucinante.

Todos estamos reunidos en esta hora. En los ojos de Carlota se mueve el relato de su desembarco en Veracruz; el viento caliente suda sobre el muelle. Los estibadores se afanan con los equipajes mientras la curiosidad popular se amotina a lo largo del malecón, donde se estruja con los humores del populacho la dignidad de la aristocracia del puerto reunida para recibir a sus emperadores importados. Un moreno desdentado, camisa blanca, sombrero de petate, guitarra renegrida, como la voz que le sale de un río de licor de caña: “nadie me vio salir si no fui yo”. Bullicio.

Y todo pasa por aquellos ojos devorados de océano. La cara bruñida, de pedernal, de Juárez, prendiendo los caminos con el puño de los chinacos, las chinas cabalgando en ancas, torciendo con sus hombres la brida de la intervención francesa. Y luego el viaje a la ciudad de México, dejando a sus espaldas la explosión de sanates, el tejido sonoro de los grillos, el golpeteo premonitorio de las aguas. Y no es este barco que ahora nos gobierna; sino el otro, erguido sobre una marea vegetal, con sus mástiles de piedra, desde donde se contempla la ciudad, cruzada todavía por canales, de rumores y rubores provincianos, capital del imperio ficticio. Y en el interior del castillo el bohato de las grandes cortes europeas; la aristocracia criolla viviendo junto a los salones de Carlota, La emperatriz, la paloma austriaca, su ridícula, su absurda caricatura imperial.

Debajo de la pequeña montaña, en las circundancias de Chapultepec, el pueblo descalzo, trasijado, cantaba: “una linda guachinanga como una flor, se vino detrás de mí, que sí señor”. En ese momento, en los ojos de La emperatriz, la paloma austriaca -así nombraban los abuelos la canción en la que veían a la altiva dama arrebatada finalmente para las tempestades de la demencia- no se reflejaban los horizontes marítimos, sino una suma de cadáveres derrochados al pie de los fuertes de Guadalupe y Loreto en Puebla; una suma de proyectiles rompiendo el cuerpo imperial de Maximiliano en el Cerro de las campanas; la negativa juarista de perdonar la vida al príncipe europeo; los canales -mientras- que desde Xochimilco y la ciudad de México comunicaban las canoas cargadas de flores y verduras, navegados por chinacos cantando para la gubia de José Guadalupe Posada: “alegre el marinero/ con voz pausada canta/ y el ancla ya levanta/ con extraño rumor./ La nave va en los mares/ botando cual pelota./ Adiós mamá Carlota./ Adiós mi tierno amor”. Los chinacos cantan: “De la remota playa/ te mira con tristeza/ la estúpida nobleza/ del mocho y el traidor./ En el hondo de su pecho/ ya sienten la derrota./ Adiós mamá Carlota,/ adiós mi tierno amor”. Y después el jarabe. El arpa. Posada, “Calaveras zalameras de las coquetas meseras”. Los fandangos de Iztacalco y Santa Anita, frescos como los lirios y laureles que florecían sobre los canales. Y ya era patrimonio de los salones exquisitos: “Si a tu ventana llega una paloma,/ trátala con cariño que es mi persona”. Y un pueblo lastimado parodiando: “si a tu ventana llega un burro flaco/ trátalo con cuidado que es un austriaco”. Nosotros la vemos con los ojos clavados en la espuma, pero por sus ojos lo que pasa es una Carlota haciendo penosa travesía en las aguas picadas de la locura. Ya todo está perdido. El Príncipe quedó acribillado en un cerro de Querétaro. Los sueños imperiales se fueron desvaneciendo como finalito de canción. ¡Ay! chinita que sí,/ ¡ay! que dame tu amor...

La marea ha ido en ascenso. El tiempo -de pronto- se apronta en unidad total. Es una simultaneidad que nos enfrenta al mimísimo tiempo con nuestro rostro pasado y el futuro; todo y uno es y nosotros en él; el ayer en el hoy y viceversa. Una extraña suspensión del tiempo que en este minuto presente es todos los tiempos. La marea sube; nosotros en el vaivén. Ubicuidad de la sal. El cuerpo de Maximiliano baja del cerro derramándose entre piedras y breñales; la chinaquería baila el jarabe; la ciudad de México es salpicada por los gritos de losregoneros: “tierra para las maceeeeetas”, “chicuicuilotitos biiiips...” en La Habana es clausurado el Teatro Cervantes, fundado por los hermanos Robreño tras la advertencia de que se ha convertido en un punto de reunión peligroso, foco de conspiraciones. En Venezuela el general José Gregorio Monagas decreta la abolición de la esclavitud. Hay un estallido de tambores. Se toca por primera vez en Caracas una obra sinfónica de Beethoven. Programa: “Marcha, de Segura, dedicada al Expresidente de los Estados Unidos, Andrew Jackson. Obertura de Fra Diavolo, en Auber. Variaciones obligadas de violín, con acompañamiento de piano y doble cuarteto, de Kallywodas, ejecutado por Segura. Final de la Sinfonía en re, de Beethoven”.

La abolición de la esclavitud en Uruguay es decretada por don Joaquín Suárez, pero antes el candombe de los negros había sido perseguido con saña porque las danzas de los hombres de color, a las que se denominan “tambos” o “tangos”, “representan un serio atentado a la moral pública”. Los últimos disparos resuenan en la serranía de Querétaro mientras en Puerto Rico, el de herrajes coloniales y adoquines azules, el Grito de Lares sacude a 77 provincias con furor independentista. Después se viene encima la invasión norteamericana. El pueblo canta en las calles “La tierra de Boriquen donde he nacido yo/ es un jardín florido de mágico esplendor...” Tiempo de danza. Lola Rodríguez de Tió y Félix Astol cantan por la patria; el pueblo también... las palmeras... Buenos Aires es un largo empedrado de boliches, traspatios, galpones, pulperías, conventillos, almacenes, cotarros y carbonerías desde

el hospital Rivadavia hasta la confitería “La Paloma”. La Buenos Aires de barberías y corralones, criolla pronta, recibe los primeros ecos de la negritud vecinada en Uruguay; cosas de milonguerías y cuchillo al aire y pendencia al punto, al tiempo en que Juan Manuel Ortiz de Rosas, gobernador de la provincia se apresta a matar indios a pulso firme.

Guatemala y El Salvador se declaran la guerra y desde nuestro barco, más allá del mar claro podemos ver como se levantan las llamaradas producidas en el corazón del bananaje y los cafetales. Las marimbas se desgranar con una tristeza infinita. Un ave negra cruza frente a nosotros, sobre el perfil de la espuma. Colombia está a punto de firmar el contrato para la apertura del Canal de Panamá. Mariano Melgarejo es otro general mataindios, que cede grandes extensiones territoriales a Brasil, privando en esa forma a Bolivia de una salida al mar. Mientras Brasil intervine en Argentina para apoyar la lucha contra el tirano Rosas, Chile y Perú declaran la guerra a España. Después se firmará el armisticio en Washington. “¡Ay!, que vente conmigo chinita, a donde vivo yo”.

“Cuando salí de La Habana, válgame Dios”. ¡Oh!. La Habana, de donde han salido influencias para América toda. Un fuerte oleaje nos balancea. La Paloma, la “habanera”, va cambiando de forma: danzón, bolero es, ha pasado por las glorias de Delfín, de Matamoros, y se baila y se canta con sus nuevos, múltiples rostros, y así recorre Cuba, desde este barco en el que Onelio recuerda: “una vez hubo un hombre en Mantua, o por Sinaicú que le nombraban Juan Candela y que era de pico fino para contar cosas...” y se va, se va con sus recuerdos que llenan toda la cubierta frente al azul marítimo. Onelio Jorge Cardoso voltea hacia el mar y nos deja frente a los ojos la imagen de Juan Candela, el cuentero, el que afirmaba ante un grupo de campesinos que él era el único que conocía el camino para llegar a México, después de seis días de andar, llegando a la ciudad al séptimo día, entre el paso del caballo y el volcán que aparece de pronto. Juan el cuentero era el único que conocía el camino que lleva a México, y yo, tras la palabra de Onelio adivino a Juan, a Juan de la Cabada, el cuentero que inventa de nuevo las palabras cada vez que conversa bajo la luna por los lagunares de Campeche.

Y en equilibrio la nave sobre los recuerdos y sobre los presentes; sobre los oleajes del ayer conformando las marejadas por los que transita nuestro hoy. Ahí estamos todos: Rosas y Ubico; Juan Candela derramando sus decires; la tristeza de la frustrada emperatriz, tan cercana ya a la locura (“Cuando salí de La Habana, válgame Dios”); la Bayamesa y el Corrido del agrarista que se cantó en las escuelas cardenistas de México (“voy a cantarles señores/ la canción del agrarista,/ les dirá muchas verdades/ señores capitalistas”); Sindo y su música; Nicolás, Alejo, Silvestre, Diego, Siqueiros; Sojo el de Venezuela; el grito de “Tierra y libertad”, fraguado en la sierra del sur zapatista; Camilo y el otro Camilo; López Velarde; Salarrué, Onelio Jorge Cardoso y Félix Pita Rodríguez.

Golpe de sal, espuma de los sentidos, el barco se desliza sobre la novedad marítima, La Habana enfrente, y nosotros en este movimiento continuo convivimos la canción de todos. La emperatriz Carlota se sustrae silenciosamente; la nueva relación del tiempo habla ahora con todas sus lenguas. El continente mismo es una enorme embarcación meciéndose en los oleajes de su historia. Desde lejos, sobre un costado, luce sus letras verdes: “Cuando salí de La Habana, válgame Dios”, y el pensamiento sobre la antigua nueva nave, sigue, sobre los tiempos, una ruta abierta hacia los cuatro puntos cardinales... hacia los cuatro nombres del viento.

De CUANDO SALÍ DE LA HABANA, VÁLGAME DIOS

Las mujeres de Oxchuc

Era la hora en que las almas se reúnen para solicitar la gracia, el descenso de Dios a la tierra. El rezo, formando un tejido de rumores es el vehículo de la súplica, del pedido fervoroso a los poderes totales. Era la hora de la solicitud desde el más allá del alma, el instante sagrado era, cuando el viento de Acteal, el viento de la cigarra y de los olores vegetales, se emponzoñó en medio de un estruendo matando. La mala sorpresa creció envolviendo el espacio rústico en el que niños y mujeres se habían reunido para elevar plegarias y alabados. En dos días más iba a nacer Dios sobre la tierra de Acteal, acunado en su nuevo 24 de diciembre, pero dos días antes –ahora- las armas de fuego estaban provocando el aborto. Para el día 24 ya sólo sería el silencio, el pavor y la rabia, revueltos en una misma amarga espuma de impotencia. Era la hora en que por medio de los rezos debía bajar Dios a la tierra y de pronto, al pie de la enselvada montaña, sólo empezó a haber esto: mujeres y niños acribillados, por la espalda, porque los asesinos tuvieron miedo de matarlos viéndolos a los ojos.

Dios te salve, María, pero María Nichim, repetida veinte veces en la sorpresa y en el blanco del proyectil, no fue salvada; veinte veces María sintió las quemaduras del odio rompiéndole los tejidos entre los gritos de los niños de su vientre que no entendían qué oscuro rencor les había impuesto tan violento fin bajo un cielo que observaba los hechos desde su enorme ojo azul, indiferente.

Acteal está rodeado de altos cerros enloquecidamente verdes. Por ahí y desde la muy allá Oxchuc, hermana tzeltal del día tzotzil, tierra mágica y de historia, se ha visto vagar una sombra que sube montes, baja valles, penetra en el corazón de las espesuras y sólo algunos, muy pocos, gente que luego ha desaparecido también, por los mismos caminos, dicen, han dicho, haber hablado con ella; se ha dicho, se dice, quizá se siga diciendo, que aquella sombra es algo así como el alma de un extranjero que desde hace muchos años ha aparecido por estas tierras y por ellas deambula emparentado con las noche lunares.

La historia es la siguiente: un hombre de conoceres, del mar llegó un día a la gran ciudad de la que el soldado y la lumbrera que mata vienen; allá en la enorme ciudad hizo cosas de sabidurías y entre éstas reunió pensamientos de poetas y los hizo hablar y grabó tales voces en discos y les puso “voz viva” por bautizo. Así, como hombre de saberes, encontró oculta en el pensamiento de los poetas, la lectura de los hechos por acontecer. Unos dicen que aquel hombre murió, otros aseguran que desde entonces una sombra camina por los montes de por acá para advertir a la gente acerca de lo que está escrito y que sólo los que saben leer en el pensamiento de los poetas, saben, para su segura desgracia, porque según dicen los viejos, ver tanto mata.

“Yo hablé con esa sombra de los montes –aseguró el loco del último cerro- fue precisamente el día en que entraba al mundo el año dos mil; allá, solos bajo la luna, me dijo que tres años antes del día en el que hablábamos y dos días antes del nacimiento de Dios, veinte mujeres, cuatro de ellas embarazadas y dieciocho niños iban a ser balaceados en Acteal, cuando rezaran en la reducida capilla hecha de bejucos y paja, al pie del enorme cerro, en la hondonada; que nueve iban a escapar momentáneamente, sólo para hacer más angustiada su muerte, porque iban a ser perseguidos entre los breñales hasta que no quedara ni una sola alma latiendo entre el cielo y la maleza. Me dijo que así sería con los descendientes de las mujeres de Oxchuc, la tierra mágica”.

En los pliegues de la noche, en los del alma, habita sus misterios Oxchuc. Su memoria está llena de futuros, por eso ahí estaban ya previstos los rostros desfigurados de Acteal, en el vientre de la leyenda ya vivían como una ciega advertencia rebotando en las venas de las ascendentes. La tierra hermana, la tierra tzotzil, sobre la que se extiende la sombra protectora del murciélago, ha sido sabia de estas prefiguraciones. Tierra ciega que todo lo ve a través de su infinita magia; información oculta en la cuerda más delgada del arpa ceremonial; en el largo diapason de la guitarra de doce cuerdas, fluido divino en las entrañas de la flauta de carrizo (“los instrumentos que tocaron los santos para salvar la Tierra”). Por eso es que no se tocan estos instrumentos a cualquier hora, se tocan sólo cuando se habla con los dioses, en el exclusivo diálogo con los altos poderes. “San Pero winik/ San Pero Keren/ San Pero Kaxlan/ nichim ta sk’ab/ nichim ta yok...” Entonces es cuando el universo gira en torno del hombre y en el lenguaje sin palabras da a

entender en sus profundas claves alguna curva inasible de su misterio. La memoria se ensancha entonces hacia atrás, hacia adelante, en su inasible juego de pasados y de futuros. “San Pero winik/ San Pero Kerem...”

“Yo hablé con esa sombra de los montes”, aseguró el loco del último cerro.

Llevar al santo en procesión a Oxchuc, el lugar de la magia y la brujería, paraíso de nagueles y chuleles, en donde se elaboran las sustancias sobrehumanas para regir los destinos de los hombres; llevan en procesión al santo, en el adelante principal de la caravana.

Los rezos, las plegarias, la petición humilde a las potencias primeras, la concentración de las almas es barrida de pronto por el tartamudeo de las armas de fuego; las paredes de carrizo se doblan dóciles bajo los impactos; la bestia sedienta se ha desatado con sus múltiples cabezas terríficas; la bestia con sus cabezas babeantes, en demencia total va por sangre.

De Sitalá de los abuelos ha salido la caravana con destino a Oxchuc: Es el día en que salen los instrumentos para hacer lo sagrado, para dar gracias a las fuerzas de la creación. La flauta produce un pitido que insistente se eleva hasta las nubes para llevar hasta allá el indefenso barro de los mortales.

Una rabia indescriptible es vomitada por pistolas y carabinas. Acteal se estremece entre los disparos, su letargo de siglos es sacudido repentinamente por la forma más agresiva de una modernidad que se apodera del paisaje sin haber sido invitada. La modernidad avasalladora de las armas de fuego de inmediato, entre niños y mujeres que se habían reunido con intención religiosa, empieza a hacer el cobro de sus víctimas.

La procesión desgrana sus danzas a las puertas de Oxchuc y ora y ofrece limosna a sus santos mientras la flauta entrega al aire el toque para beber agua; el toque para caminar en torno de la casa del capitán; el toque para descansar en la casa del capitán; el toque para repartir el pan comunitario.

Nadie asiste al auxilio de los que están siendo acribillados; eso se arregló desde el inicio del diseño; la estrategia cumple en sus rondanas de reloj. La gente indefensa, armada nada más por la fe que le llevó a orar en ese paraje de Acteal, empieza a caer en medio del fragor, sin el menor auxilio de nadie; están desarmados, son niños y mujeres; los están matando; están muriendo sin más opción que la de morir lo más rápido posible; vuelve el ciclo a alimentar la tierra con la sangre de su propio barro.

Tambor, flauta, sonaja, para la Fiesta Grande. Entra Oxchuc a los reinos de Dios en las alas de la música. Llegó ya San Ildefonso desde Tenejapa. Ya Santiago sostiene un enorme ramo de flores en la mano. Pito y caracol crecen en su estrépito. El tiempo reverdece en su nuevo bukul promisorio. Los dioses son honrados, los de yeso y los de piedra (hay asentimiento y también memoria). La danza florece. El rito sagrado se cumple. Esta es ahora la patria del estrépito. Se juntan los tiempos. En Acteal un disparo destroza el cráneo de quien reza.

“Yo hablé con esa sombra de los montes”, aseguró...

Lejos del loco del último cerro. Nadie recuerda ya lo ocurrido siglos atrás en la tierra mágica de Oxchuc. Nadie recuerda.

Las mujeres de Oxchuc pasaban días enteros entre protémolo y vasiho, afanadas en la molienda de cacao y maíz. Para la población las fechas se alargaban transitando de labores cotidianas a ofertorios religiosos, cumpliendo en estos casos, con extrañas funciones de sincretismo en las que participaban por igual hombres y mujeres. En un séptimo día, cuando Dios se sentó a descansar, fue que llegó la tropa y media población de Oxchuc fue llevada entre la sogá y la bayoneta, a rastras desde las bestias bufando; el que se vencía desde antes iba quedando colgado de los árboles para alimento de buitres, zopilotes, zanates y azulejos.

Al siguiente día, el primero, de que la tropa se llevó a los hombres de Oxchuc para irlos a matar al monte, a unos; para hacerlos carne de cárcel, a otros; a las mujeres de Oxchuc se les cayeron los dientes, a todas, se hicieron viejecitas, sin dientes, que eran un reguero de cal sobre las calles sombrías. Cuando el arquitecto Artigas llegó a Oxchuc para estudiar sus cosas en las paredes del templo, cuando llegó a hacer su inventario de años y misterios, tuvo que caminar sobre un reguero de minúsculas piedrecitas de calcio que se le clavaban con furia en las suelas de los zapatos.

Al segundo día, a las mujeres de Oxchuc se les puso el pelo blanco, de un blanco rabioso al principio, de un blanco que reflejaba con ira los rayos del sol lastimando las retinas de los extranjeros que por algún motivo (estudio o saqueo) cruzaban las inmediaciones del trágico sitio. Entonces Oxchuc se convirtió en la ciudad de los reflejos, pero se trataba de reflejos que herían, que entraban por las pupilas y llegaban lastimando hasta el fondo mismo de los pensamientos. No era aquel un brillo sano; era un brillo que mataba.

Después, aquel blanco capilar fue cediendo. Por las fechas en las que llegó a Oxchuc el estudioso Antonio García para apuntar en su libreta de datos, las mujeres cargaban en la cabeza un blanco amainado, tocado por la más honda tristeza. García leyó en ese blanco el lenguaje de la muerte.

Y no era cierto nada de esto, porque se habían vivido apenas dos días después de que la tropa se llevó a los hombres de Oxchuc para irlos a matar al monte, o para encarcelar en las mazmorras de San Cristóbal a los no pasados por sogas o fuego. Al tercer día fue que las mujeres amanecieron todas con profundas arrugas; en sus rostros se reproducían los mapas de una tierra que había sido regada con sangre desde siempre. Ahí estaban los surcos sembrados con amargos, con desolaciones, con desesperanzas. Las mujeres llevaban ahora la historia de la tierra en sus rostros.

Al quinto día las mujeres se encerraron en sus casas, todas, y entonces Oxchuc fue calles desiertas en cuyas paredes solamente rebotaban el aire, el silencio y la más profunda tristeza que pudiera haber sido recogida por las escrituras de las civilizaciones.

Al sexto día, fecha terrible, ellas, todas, fueron cerrando los ojos, para que Oxchuc quedara a oscuras, a merced de las más profundas tinieblas. El día fue noche y la noche fue noche y la luz quedó ciega para Oxchuc, como una maldición que haría estremecer las conciencias. Todo fue sombra, como en los primeros tiempos. Como en la era del caos. Como en el principio de las escrituras. Así fue como el día siete amaneció entre sombras.

Pero en este séptimo día el sol golpeó fuerte sobre los campos y las laderas de Oxchuc y obligó a las mujeres a salir de sus casas; las obligó a abrir los ojos para que vieran por donde caminaban, para que supieran en qué fragmento de la tierra iban a caer polvo de su tragedia. Ese día, el día que Dios escogió para su descanso, un fuerte viento sopló sobre Oxchuc, entró a las casas desiertas, revolvió los interiores y levantó de los empedrados un fino polvo que voló alto y lejos, hasta confundirse con el polvo del monte, en donde iban a nacer los futuros hijos de Acteal.

Nadie recuerda estos recuerdos; nadie baja a lermar en el río que de tanto no repetirse tanto se repite... y entonces, el recuerdo ahí está... en todos, y en la sombra que se aparece como un eco insistente en el seno de la niebla, la sombra que habló con el loco del último cerro, la que a veces también nos habla desde adentro, la sombra esa que desde el año dos mil regresó hasta nosotros para ir, con la voz de los poetas que grabó en sus discos, a seguir dialogando con los montes que amasó la luna en algún momento de estos siglos nuestros.

Inédito

El tiempo no es propiedad de Hölderlin

Quién sabe que sea peor, porque no es de creer que a nadie le pueda gustar algo semejante a lo que le pasó a aquel cosechador de café que murió hace años en la costa de Chiapas, entre Tapachula y Motozintla. Pascasio Hölderlin había vivido feliz hasta que el aguijón de la avaricia le descompuso la vida, una vida que le había sido placentera al lado de su mujer, Toña Candela, la bellísima, singular, la sensacional Toña Candela. Y no se vaya a pensar que se trata de un seudónimo, así era el nombre con el que se adornaba ante los demás aquella mujer llena de salud, de gracia y de belleza. Con base en muchos esfuerzos Pascasio logró zafarse de la finca cafetalera en donde lo explotaban –salvaje explotación no obstante de que se aseguraba por ahí que finalmente él venía siendo hijo de uno de los ricos cafetaleros de la zona- y adquirió un pequeño predio para sembrar el grano. En la primera siembra le fue muy bien y la riqueza que le dejaron cientos de sacos de café beneficiados por él mismo se vino a sumar a la lozanía de la rebozante Toña Candela. Pero fue cuando se despertó en Hölderlin Grajales la ambición. En el segundo ciclo quiso que el fruto madurara más aprisa para gozar lo más pronto posible de los beneficios de la buena venta. Entonces se atrevió a algo que nunca debió haber hecho. Una noche de desesperación avariciosa se decidió a adelantar –exageradamente, además- las manecillas del reloj que acomodó en los muros de su pequeño comedor una vez que éste dejó de tener paredes de otate. Adelantó, adelantó las manecillas y el resultado de tal acción no se hizo esperar: el día amaneció entonces antes de lo previsto; los días amanecieron antes de lo previsto; las semanas y los meses amanecieron antes de lo previsto, y las ganancias por la venta del café se empezaron a acumular en grandes cantidades dentro de lo previsto por Pascasio Hölderlin, quien en esa forma hacía del tiempo su sirviente y benefactor. Hölderlin Grajales continuó por algún tiempo jugando con el tiempo dentro del tiempo de sus conveniencias hasta que un día se levantó, ya rico, pero con un fuertísimo dolor en la cintura; vio entrar por la puerta de su recámara a una Toña Candela encorvada, empellejada, apoyándose temblorosa sobre un garigoleado bastón de plata. Lleno de terror, Hölderlin se dirigió como pudo al enorme espejo con incrustaciones de filamentos de oro que se había mandado a hacer muchas vueltas de reloj antes y contempló con horror aquel rostro que de ninguna manera podía ser el de Pascasio Hölderlin, sino el de ese anciano, el de ese ser decrepito que se miraba incrédulo brotando de aquella superficie cuadrículada con rayos dorados. Hölderlin comprendió todo sin ningún esfuerzo y con una gran desesperanza y con el paso permitido a sus coyunturas, enmohecidas por los años que se había precipitado encima, con su propia mano, fue hasta el reloj de la sala en un vano intento de retroceder lo que su ambición había adelantado tan descomunadamente. Empezó como enloquecido a echar para atrás las manecillas. En esa forma el espejo fue perdiendo paulatinamente sus adornos dorados, las paredes se fueron transformando, volvieron ser de otate, la Toña Candela se fue poniendo tan bella como siempre, belleza que a partir de entonces sería disfrutada por otros. Solamente Hölderlin Grajales, Pascasio Hölderlin, no volvería a ver la luz que se había arrebatado con sus propias manos; quedó crucificado en las manecillas de su reloj, deshecho por la fatiga demencial, despojo de la venganza del tiempo, en un lugar que se encuentra entre Tapachula y Motozintla, en la costa de Chiapas. El que quiera saber más de este sucedido, sólo requiere subir a la tierra fría de San Cristóbal y entre toneladas de libros antiquísimos y fojas polvorientas conversar con el erudito Prudencio Moscoso frente a una copa cognac y una invitadora taza de café, de esas tan de don Prudencio, de esas de las que se desprende durante las charlas de tiernas noches, un humito inasible y caprichoso, como debe ser el cuerpo del tiempo.

De: CUENTOS EN RECUENTO

El nucú

Los que ahora, en nuestros días, han comido el nucú tostado sobre un comal, envuelto en tortilla de maíz, no saben que hubo un tiempo en el que este insecto fue carnívoro; en cambio, de ello podría dar cuenta el investigador danés Vagn Lechner si aún viviera entre nosotros.

El maestro Lechner, hijo de padre holandés y madre española, vino a las selvas de América atraído por las raras manifestaciones zoológicas negadas a ese clima difícil que pasea su aliento gris-helado sobre las aceras de Hjørring, en la vieja Dinamarca.

Cruzó el continente europeo de norte a sur; el Mediterráneo; las costas del África árabe de este a oeste; transpuso la inmensidad atlántica; cruzó recuerdos y nostalgias, y finalmente vino a parar a una choza del trópico septentrional americano, paredes de otate, techumbre de palma, rendijas taponadas con luna o nauyacac o representativos de otros hormigueantes especímenes.

Por un tiempo vivió en Tuxtla Gutiérrez; allí montó ligera estancia lejos de lo que entonces era apenas pequeño caserío, y acompañado por un asistente de origen lacandón, Manuel Bolom, desafió tormentas en épocas de aguas o bien aquellos calorones que azotaban Tuxtla durante los días de verano.

En ese entonces nadie imaginaba que en el mismo lugar en donde habitaba el extraño personaje rubio, quien acompañado en tierra de zoques por un indígena lacandón cazaba mariposas, hormigas, culebras y demás, dos siglos y medio más tarde, en el año de 1943, se iba a levantar lo que hoy se conoce como Instituto de Historia Natural y Parque Zoológico, frente al Jardín Botánico y el Parque Madero.

El maestro Lechner, no satisfecho con las clasificaciones que había logrado con la ayuda de Manuel Bolom, un buen día decidió internarse en aquella carne verde, oscura, que desde profundidades húmedas le llamaba poderosamente como un vientre amoroso, plagado de preñeces, como un imán irresistible, como un fatal llamado de tentáculos vegetales. Atrás dejó la hamaca colgada de dos horcones; la marimba de los domingos en el centro de aquel conjunto de casas, fantasmas sobre el llano; sus robustas jícaras de pozol desparramándose; los soles que se suicidan cada tarde tras esos lomeríos de Tuxtla que aún siguen diciendo: “hasta aquí”, a su planicie capturada.

Vagn Lechner cargó con sus alergias, su piel enrojecida, despellejándose después de muchos meses, su español, revuelto con danés, inglés, latín y lacandón, su lupa, su capa, su pipa, sus apuntes y bajo uno de sus brazos flacos y blancos un tomo voluminoso titulado *Himenoptorum mágnum liber*. También partió con la compañía de Manuel Bolom. Así fue como el zoólogo danés se fue en pos del nucú, llamado también hormiga arriera, insecto que antes sólo se localizaba en muy señalados sitios de la selva, en las riberas del río Lacantún.

El maestro Lechner no volvió jamás a la civilización. Los abuelos de los abuelos, al explicar su desaparición, dividieron en dos versiones su decir; ninguna de estas dos referencias han sido recogidas por la historia ni por la relaciones universales que detallan nuestro desarrollo científico. Todo se redujo a simple patrimonio de tradición oral, encarcelado entre el puñado de kilómetros que conforman el localismo.

Una de las versiones afirma que el maestro Lechner fue motivado por Manuel Bolom para hacer investigaciones más a fondo acerca del nucú, hormiga voraz que estaba acabando paulatinamente con la población lacandona, habitante de los bosques de Ocosingo. Se trataba de localizar (lechner, el zoólogo, pudo haber sido también un precursor del botánico mendelianismo) los aspectos citológicos del nucú para posteriormente encontrar los medios más adecuados que llevaran a su exterminio.

Al parecer, los insectos en su gula antihumana se adelantaron a los estudios de Vagn Lechner y una noche de agua total, de fognazos eléctricos que al hurgar las entrañas de la lluvia hacían estremecer la tierra, penetraron a la endeble choza construida con otate y palmas en medio de la selva y no dejaron del investigador más que un montón

de huesos que el mismo zompopo o chicatana, nombres que se le dan por los pueblos de la costa a este tipo de hormigas, se encargó después de espaciar entre los pedregales de río arriba. Aquí no se da razón alguna de Manuel Bolom.

La versión mágica relata que el indio lacandón, desde su estadía en Tuxtla al lado del científico (dos individuos extremadamente raros para el resto de la población), se manifestó como un ser que practicaba ciertos ritos extraños, ritos que sólo vivían, muy lejanamente, en la memoria de los antiguos.

La religión de Manuel Bolom no era como la que profesaban los moradores de aquel reducido caserío, no; sus largas noches de silencio, con los ojos abiertos como dos cielos oscuros, su espera quieta, sentada sobre las piedras, tenía otro sonido en el silencio, otro aliento que envolvía con nostalgias indescifrables a quienes pasaban cerca de su espacio vital. Alguna vez habló a los que salían de rezar; alguna vez quiso explicar que Dios tenía la sabiduría de la serpiente. Que Dios tenía el vuelo del ave. Que tenía el brillo de esa estrella vespertina que con su verdad alumbraba las ramas más altas de la selva. Que Dios sabía mucho de los animales y del corazón del monte. Que Dios una día iba a regresar al corazón del monte de donde había salido para adquirir su forma humana. Que habría de tornar allá, con sus ojos lermos, con su mano justa, con su dicho sabio. Alguna vez quiso explicar... después volvió a callar... eternamente.

Los que aceptan esta versión creen que Vagn Lechner jamás conoció plenamente el hábitat del nucú. Dicen que se internó tanto en los crucigramas de la selva que, tomado de la mano de Manuel Bolom, día y noche caminaron hasta unos hombres que los estaban esperando con un lenguaje extraño entre los labios, envueltos en humo de copal con que vistieron a Lechner entre plegarias y alabanzas. Esta versión padece un poderoso argumento en contra y es que, tiempo después, un grupo de excursionistas nativos encontró en un paraje solitario los que bien pudieron ser los restos del temerario escudriñador.

Los que ahora, en nuestros días, han comido el nucú tostado sobre un comal, envuelto en tortilla de maíz, no saben que hubo un tiempo en el que este insecto fue carnívoro; en cambio, de ello podría dar cuenta el investigador danés Vagn Lechner si aún viviera entre nosotros.

Cuando encontraron su esqueleto, como una marimba de calcio transitada por hormigas, solamente se escuchó esta frase murmurada como una oración ante aquellos huesos esparcidos sobre las piedras:

-Ah chingao, se lo comió el zompopo.

Las generaciones actuales no lo saben, pero la gente de antes se empezó a vengar y a defenderse del nucú y el animal, paulatinamente, se fue volviendo dócil y menos montaraz. Se hizo caza y alimento de sus antiguas víctimas. Se acercó a ciudades y poblaciones como queriendo expiar viejos agravios. Fue la gente primera, la que conoció al maestro Lechner -el que alimentó con su carne y con su sangre al nucú- la que trató de apropiarse de los conocimientos del sabio a través de la hormiga ya vencida.

En Tuxtla Gutiérrez, el nucú brota del barro durante las noches lluviosas. Los habitantes se levantan de madrugada y con la ayuda de lámparas poderosas arrancan de la humedad puños de zompopos para después asarlos sobre un comal.

Estas nuevas generaciones desconocen el rito original y no saben que al tronar el nucú entre los molares, son los huesos de Vagn Lechner los que crujen envueltos en tortillas de maíz; que es la tierra la que lo devuelve para volver a alimentar a las criaturas de la tierra. Estas nuevas generaciones tampoco saben que frente al Instituto de Historia Natural y Parque Zoológico hay un sitio en espera de un merecido monumento, justo ahí, donde hacen remolino los relámpagos durante las interminables noches de lluvia.

De: EL ARCA DE CARALAMPIO (El extraño mundo zoológico de Chiapas)

1ª Edición: Editorial Katún (1983)

2ª Edición: Colección Lecturas Mexicanas de CONACULTA (1997)

El puente de las antípodas

Anacruz Vidal, colacho y renegrado, se levantaba todavía entre las penumbras que preceden el amanecer. Ya para entonces el calor del trópico pegaba fuerte sobre seres y cosas. Al primer rayo del sol en punto, salía de su choza de palma y montaba un caballo arisco que inadecuadamente tenía por nombre el de Silencio de cuarta; caracoleaba inadecuado el apelativo porque dicha cabalgadura era la bulla entera junto con los estremecimientos de las montañas que se empezaban a incendiar desde tempranito. Sobre Silencio de cuarta, Anacruz Vidal cruzaba el viejo puente de madera que desde hacía mucho, unía clorofila con clorofila, de bullaje a bullaje, y entonces, cuando eso sucedía, cuando los cascotes del palafrén chocaban con los tablones, aquello era un musicarle al cielo, tanto, que pintaba de colores el vuelo de los pájaros. Por las noches, Anacruz Vidal regresaba a su choza ebrio hasta los cascotes de su caballo y entonces aquello era un musicarle al infierno, que pintaba de negruras el rastrear de los reptiles.

Así eran los días y las noches de Anacruz Vidal, en medio del galán tintineo del viejo puente. Unos decían respecto a aquel parlotear que en la mañanas, el estremecimiento de los maderos era porque a esa hora intervenían los poderes de Dios y que los ecos se iban estremecidos buscando las alturas, las anchuras del aire, las espirales de lo inalcanzable; otros, que en la noche los que intervenían eran los poderes del Diablo dibujando en el oído los bramidos profundos del averno, el regurgitar de los antros abismales. El asunto era más sencillo. Lo que sucedía era que el viejo puente había sido construido con madera de hormiguillo, que es la misma madera con la que se inventaron, en el siglo diecinueve, las marimbas centroamericanas; entonces, lo que cantaba todos los días, eran las luces y sombras con las que canta la selva chiapaneca. Era eso. Sólo eso.

De: OPUS 20

Inédito

La pérdida mortal

Orfeo Venegas, el viejo trovador invidente, un día se extravió en los caminos de la sombra y no encontró el regreso. Macuilxóchitl Popoca, se fue tras los silbatos de barro de su raza y no intentó el retorno. Tampoco volvió el pianista aquel que tocaba en La flores del mal, la casa ruidosa hincada más allá del caserío, mansión en donde nunca tuvo residencia el sueño. Ni regresó el guitarrista de los mediodías de La fuente embriagadora, establecimiento inundado de cascadas evanescentes y torrentes de ámbar. Para colmo de males, Ernesto García, el compositor del rumbo, nunca cumplió su compromiso de escribir aquella obra que iba llevar un título tan extraño como el de: El fa de Winnipeg, y la vergüenza le hizo tomar también camino sin repatrio. Días difíciles transcurrieron, y así los pocos artistas que ahí vivían decidieron salir a buscar nuevos horizontes. Así fue como aquel pueblo se quedó sin músicos. ¡Un pueblo sin músicos! Nunca, en ninguna parte del mundo había sucedido un fenómeno similar. Éste se convirtió entonces en el pueblo más triste del planeta; conservaba su rostro de polvareda, su perfil semiárido, su latido somnoliento, pero en el fondo su tragedia era mortal, había perdido su sonido.

De: OPUS 20

Inédito

Testimonio Ernestino

Pero no era cierto. Aquel pueblo no se había quedado sin músicos, al menos totalmente. Según el Testimonio Ernestino, clasificado puntualmente en los Archivos de Neumas a Tablaturas y Desarrollos Contemporáneos, la llamita de la música había quedado viva en la presencia inextinguible del mulato Nicolás Días, El cubano, el bongocero, quien vivía a unos cuantos pasos de la barda en donde empezaba el panteón del pueblo. Por quién sabe qué misterios de las tramas, un día cruzó el mar y vino a vivir a este paraje, tan lejos de su isla. Fue el único que no se pudo ir cuando el éxodo de los músicos; es que una vez soñó que defendía a su patria invadida por feroces enemigos; cuando despertó, después del violento combate, había perdido el movimiento de sus piernas; quizá por ello no se pudo ir cuando el éxodo. El caso es que el mulato Nicolás se quedó, con su bongó a cuestas, y pronto fueron requeridos sus servicios para bodas, quinceaños y ceremonias litúrgicas. Entonces las misas y los rosarios se volvieron a adornar con sonidos: Dios te salve María... salta la Negra Nery sobre el tablado, ahé... llena eres de gracia... plan plan plan rataplán plan plan, sobre el tablado... el Señor es contigo... quema la cadera ahé, quémate en tu sangre ahé, quema tu tambor ahé... plan plan plan rataplan, ahé... bendita eres entre todas las mujeres... La negra Nery se viene, La negra Nery se fue, baja el licor de la noche, luna de brasa y carey... bendito sea el fruto de tu vientre... baja el universo todo para arder... Jesús... plan plan plan rataplán, ahé... santa María, madre de Dios... La negra Nery que viene y viene, La negra Nery que va y se fue...ruega señora por nosotros los pecadores... La negra negra, que arda La negra... ahora y en la hora de nuestra muerte, amén... ¡Quémate poema! ¡Ahé!... Ahí, ahí estaba la llamita de la música, viva... como siempre... para siempre...

De: OPUS 20

Inédito

El soñado viaje

Allá, entre los extensos magueyales y el lomerío adornado con arrayanes y capulines, empezó su sueño. Era el clarinetista de la banda de su pueblo y alguien le había contado de la existencia de una ciudad lejana en donde estaba, según el cuento, el mágico origen de la música. Desde entonces, sus sueños tuvieron el raro nombre de Viena, y él reiteraba: “esa tan mentada ciudad de Viena, yo sé que es el lugar en donde la música fue dada a luz”. En sus sueños siguió inventando, a su manera, aquella lejana cuna de la música y soñaba también que algún día, algún día, estaría ahí. Y cuando eso fuera, no iba a decir que él era el clarinetista de su pueblo, cómo iba a decir eso cuando estuviera entre los grandes maestros que viven en la ciudad en donde la música nace. Iba a decir tan sólo que se dedicaba a capturar zenzontles y gorriones en la amistad del campo. Un día el clarinetista desapareció, no se le volvió a ver en las escoletas de la murga. Su ausencia se prolongó a tal grado, que varios del pueblo entraron en preocupación y fueron a buscarlo a su domicilio, del otro lado de los arrayanes. Del clarinetista no encontraron ni clarinete ni cadáver, sólo un papel pergeñado con su letra primitiva en el que se leía: “A nadie se culpe de mi ausencia. Nadie me busque, me fui a Viena, en donde se que nace la música; a Viena me fui por voluntad propia, y quizá no vuelva”.

De: OPUS 20

Inédito

El día en el que se perdió el Do

A María Granillo

Ese día, ninguna sinfonía pudo ser ejecutada en ninguna parte del mundo, porque el Do había desaparecido de los pentagramas. Musicólogos, etnomusicólogos, investigadores en tablaturas cargadas de ayeres, maestros de conservatorios, directores de orquesta, ejecutantes, melómanos y hasta no melómanos morbosos se lanzaron a la búsqueda del Do tan extrañamente desaparecido. No estaba el Do ni en las ondas de las aguas, ni en los fuelles del viento, ni en la garganta del pájaro. No encontraban al Do en ninguna parte. Y así las horas hasta que alguien dijo haberlo visto en el panteón del Monasterio Novodevichiy. Hasta ahí llegó el contingente de afligidos. Sí, ahí estaba el Do, compungido, triste, postrado ante la tumba de Shostakovich. Le hablaron al oído tiernamente, le enjugaron alguna lágrima y regresaron con él a la tibieza de los pentagramas. Entonces volvió a funcionar la maquinaria de la música, perfecta, exacta, como si nada hubiera pasado.

De: OPUS 20

Inédito

El oxímoron de Vivaldi

Se sabe que Antonio Vivaldi organizó en Venecia una orquesta integrada exclusivamente por mujeres. Se sabe también que muchos sospecharon que por medio de tal actitud se abrían posibilidades a las fáciles puertas del pecado. Las mujeres. La sensualidad de la música. La rítmica enervante del autor. El paisaje veneciano. Si era cierto lo diabólico femenino que argumentaba la mojigatería de la época, lo mayormente certero fue que la ahora llamada “Teoría de Vivaldi”, demostró fehacientemente que por los infernales caminos del pecado se puede alcanzar la gloria.

De: OPUS 20

Inédito

El renacuajo paseador (Para niños)

Un día, una vez un rano... pero esa palabra no existe ni en nuestro lenguaje común, ni en el diccionario, ni siquiera en la lengua de los que se dedican a contar los cuentos más fantasiosos. Entonces diremos que un día una vez una rana, mejor que decir un rano, por ejemplo, se puso a cantar... croa, croa; pero no cantaba, hablaba, con esa voz con la que las ranas y los ranos se ponen a recitarle versos a la luna.

Pero ese día, esa vez, aquel rana, al que terminaremos por decirle renacuajo para quitarnos de problemas (aunque éste fuera ya más que una larva con cola y respirando por las branquias), en verdad no recitaba, no, se quejaba con aquel croar insistente de su vida en un mundo pequeñito, que no iba más allá de un charco que se formaba después de las lluvias de mayo.

¿Qué, no habrá más mundo –se preguntaba- que este pequeño horizonte humedecido, ni más banquete que esta frugal ración de moscas aburridas, aprisionadas en propia red de zumbidos? ¿Qué no hay más cosas que vivir que la insistencia de esta atmósfera estrecha? Y así se pasaba las horas el inquieto renacuajo diciéndole a la noche: croa... croa..., croa... croa..., croa croa, croa croa, croa croa, croa croa, croa.

Una vez un día, después de mucho pensarlo, de mucho croarlo hacia los cuatro puntos cardinales, este renacuajo de espíritu andariego decidió darle cumplimiento a su destino. Hizo un ligero envoltorio, lo izó en la punta de una vara y echándose al hombro vara y envoltorio, se fue a descubrir nuevos mundos más largos y más anchos que el pequeño y húmedo mundo en el que había nacido. Un solo croa prolongado y lastimoso fue su adiós. Nadie le volvió a oír croar por aquellos lares.

Nuestro renacuajo paseó su mirada vidriosa por muchos lados, saltando de asombro en asombro. Se convirtió en todo un renacuajo paseador. Se convirtió en todo un renacuajo (una rana, pues), descubriendo el titipuchal de mundos que era su mundo. El señor don Rana, el renacuajo paseador, se vio transformado en turista de altos vuelos, o más bien, de altos brincos.

Escaló las nieves del Popocatepetl y el Iztaccíhuatl. Ahí conoció el catarro. Navegó sobre las aguas del río Papaloapan. Ahí estornudaba mariposas. Conoció los antiguos salones de baile de la ciudad de México. Ahí aprendió a croar danzones. Entabló amistad con obreros y estudiantes. Supo que existían las cárceles y los hospitales.

Qué manera de conocer la vida a puro golpe de ancas de rana –o de rano, si se busca mayor precisión- a puro brincar sobre los recuerdos y sobre los porvenires, con los ojos saltones a fuerza de ver tantas cosas.

Aquellos ojos de tamaño exagerado que no admitían ni pupilentes ni catalejos, se fueron alimentando de las verdades (con sus correspondientes metirijillas), que florecen en los caminos y en las ciudades. Los ojos del renacuajo paseador eran dos mundos ellos mismos.

Así, así, el renacuajo paseador fue un magnífico aviador, de trenes fue conductor y capitán de un vapor, en Xochimilco remero... y en buen verso, remador, y en la escuela de la vida tuvo un diploma en su honor, un título que decía: “Renacuajo Paseador”.

Una vez una noche, el renacuajo paseador entró a una sala de conciertos. ¡Qué mundo tan asombroso! –se dijo-. Todo estaba alumbrado con sonidos de los más diferentes colores. Saltó al escenario para recorrer absorto las hileras en las que estaban dispuestos los más raros instrumentos. Aquello era un embrujo.

Ante la increíble cascada de sorpresas que estaba viviendo en esos momentos hubo algo que le subyugó con mayor fuerza. De pronto sus ojos acuosos descubrieron un sol que en su redondez retrataba el resto de la sala. Era una dorada rueda metálica cuyo centro oscuro le llamaba en forma poderosa. El renacuajo paseador se fue dejando

vencer por aquella atracción irresistible. Dio un salto fenomenal y se dejó engullir por aquel sol vibrante. La rueda de metal recibió impecable la zambullida ranil.

Desde aquella ocasión, cada vez que un director de orquesta levanta la batuta, el trombón deja escapar por su boca dorada un profundo “croa croa” que sale a pasearse gustoso por todos los rumbos.

De: LOS ENSUEÑOS DE DON SILVESTRE

1ª Edición: Editorial Amaquemecan (1986)

2ª Edición: Editorial Amaquemecan (1989)

3ª Edición: Editorial Amaquemecan (1990)